

LA

# ESPAÑA MILITAR,

PERIÓDICO

DEDICADO AL EJÉRCITO Y MILICIA NACIONAL.

## DE LA ESTRATEJIA EN SUS RELACIONES CON LA TÁCTICA.

Aclarada en lo posible la definicion de la estratejia en nuestra entrega anterior, procuraremos completar la dilucidacion de este importante ramo del arte de la guerra examinando sus relaciones con la táctica.

La táctica enseña los medios de poner en ejecucion los planes trazados por la estratejia: esta es la ciencia de las disposiciones en grande, y aquella el arte de ejecutar los detalles: sin la táctica, nula sería la intelijencia estratéjica del jeneral, pues no podria realizar sus combinaciones.

En donde hay disposiciones hay ciencia estratéjica, cuya influencia é importancia sube de punto, segun va ensanchándose el círculo de su accion, debiendo los conocimientos militares crecer en una progresion uniforme desde el primero hasta el último empleo, puesto que el cabo, jefe de una patrulla ó guardia, es el primer eslabon de la cadena de los estratéjicos, cuyo remate es el jeneral en jefe, y del mismo modo hay arte táctico en donde hay ejecucion de pormenores.

El limite que separa la estratejia de la táctica es el que media entre la concepcion y la ejecucion mecánica: de aquí resulta que todos los proyectos y planes que constituyen el sistema de guerra adoptado y el conjunto de los movimientos consiguientes, pertenecen á la estratejia, mientras los pormenores de estos recaen en el dominio de la táctica.

La designacion de los puntos del círculo de las operaciones en donde hayan de ser colocadas las tropas; su número y especie; la composicion, fuerza y direccion de las columnas de un ejército en marcha y la eleccion de los campos de batalla dependen de la estratejia.

La táctica enseña el modo de disponer y arreglar los combatientes en las posiciones designadas por la estratejia; determina la formacion y asiento de los cuerpos en los sitios, columnas de camino y líneas de batalla; dispone el empeño sucesivo de las tropas en el combate; indica los puntos de embestida, y viene á ser, en una palabra, el instrumento de la estratejia.

Las faltas tácticas que producen los reveses en el campo de batalla, ocasionan siempre la pérdida de la posicion estratégica en donde se verificó el choque, y á veces la de algunas otras mas.

Por otro lado las mejores disposiciones tácticas solo pueden promover ventajas duraderas cuando descansan sobre puntos y direcciones estratégicas.

Cuando acaece una colision entre la estrategia y la táctica, ó para esplicarnos mas claro, cuando las consideraciones estratégicas se encuentran en contradiccion con las ventajas tácticas, la estrategia debe tener la preferencia.

Recurriendo á una demostracion, diremos que en la marcha de un ejército la dificultad que puede ofrecer la naturaleza de los caminos, cuando no constituye un obstáculo invencible, no debe hacer abandonar la ventaja estratégica que resulta de la direccion para tal ó cual punto; lo mismo que en la eleccion del campo de batalla, el carácter estratégico de la posicion debe ser antepuesto á sus comodidades tácticas, y en medio de la accion misma el punto de ataque estratégico debe ser preferido al táctico: por ejemplo, si es estratégicamente necesario atacar el ala derecha del enemigo, es preciso hacerlo, aunque sea tácticamente mas fácil acometer por la izquierda.

Se concebirá fácilmente la diferencia que separa los resultados de una guerra conducida estratégicamente, de los de otra rejida solo por las reglas de la táctica: esta última no podria producir mas que una serie de batallas dadas, y alternativamente ganadas y perdidas, si no hubiese una superioridad numérica demasiado marcada por una parte, ó demasiada ignorancia táctica por otra; y en ambos casos puede verificarse una invasion, pero de ningun modo una guerra en la estension de la palabra, pues se reduciria la contienda á una colision que duraria tanto como los medios de reemplazo á disposicion de ambas partes, y que concluiria por un reciproco desánimo ó por un comun cansancio y debilidad, sin ninguna ventaja marcada ni resultado importante.

Véanse las guerras que en el último siglo precedieron á las innovaciones debidas á la revolucion francesa, y se verá que sus consecuencias se reducian en la mayor parte á la adquisicion, perdida, ó restitucion de algunas ciudades insignificantes.

No sucede esto con las guerras estratégicas, que marchando sujetas á un plan jeneral y coordinado, procediendo racionalmente por la ocupacion progresiva de todas las posiciones importantes, considerando las batallas solo como colisiones accidentales nacidas á veces de una falta estratégica, pero que no constituyen el fondo de la guerra, producen resultados mas ciertos, importantes y duraderos.

El ejército manejado estretéjicamente se encuentra sostenido y basado por sus ventajas progresivas; cubre todo lo que ha conquistado y si la pérdida de una batalla cuando esta batalla no es por ella misma una falta estratégica, puede quitarle mucho de lo ganado, nunca este acontecimiento alcanzará á privarle de la totalidad ni de la facultad de reparar esta desgracia.

Resulta de los principios arriba sentados, que las consideraciones estratégicas deben tener la preferencia en la organizacion del sistema militar de un estado.

El problema por resolver en el establecimiento de este sistema, consiste en reservarse lo mas esclusivamente posible el empleo de las combinaciones estratégicas y de contener al enemigo en el circulo de las operaciones tácticas, es decir, asegurarse la posibilidad de inquietar ó incomodarle en todas sus posiciones y movimientos; conservar la facilidad de rehusar todas las batallas estratégicas que desee dar para salir de apuro, reduciéndole á pelear solo en el dia y terreno mas conveniente.

Los medios de lograr estos resultados consisten en preparar de antemano una cadena de posiciones estratégicas, coordinadas entre sí que se protejan reciprocamente y sean susceptibles tambien de una defensa aislada.

Cuando los puntos estratégicos deben ser conservados y defendidos por el ejército que los ocupa en su despliegue, la linea que los une se llama en las guerras defensivas *linea de defensa*, y en las ofensivas *base de operaciones*.

Si al contrario estos mismos puntos no están en poder de nadie, y que sea menester apoderarse de ellos, se titulan entónces *objetos de operaciones*, y las lineas que conducen á ellos *lineas de operaciones*.

El conjunto de los puntos y lineas estratégicas forma la posicion del ejército que los ocupa, y la conservacion ó la desorganizacion de

este conjunto es el objeto de los esfuerzos y operaciones de la guerra.

La primera regla de la guerra es la de causar al enemigo todo el daño posible, y el objeto de las combinaciones de la estrategia debe ser el causar este daño con el menor riesgo y pérdida; para lograr este doble resultado es preciso arrebatar al enemigo las posiciones sobre las cuales estriba su defensa, y el talento del estratégico consiste en verificarlo mas bien por las maniobras que por las batallas.

La consecuencia de los principios que acabamos de esponer descubre la diferencia que existe entre la táctica y la estrategia: la primera solo se ocupa de los movimientos de las tropas como cuerpos organizados, y que en los limites de esta organizacion pueden ser mudados á voluntad: la segunda al contrario, hace en el cálculo de sus combinaciones abstraccion de las tropas, para concentrar su atencion principal sobre los puntos y las líneas que abrazan el dominio estratégico del ejército.

Otro dia procuraremos dar á nuestros lectores una definicion de la táctica.

---

## ESCENAS DE LA VIDA MILITAR.

---

### LOS PRIMEROS TIROS.

---

Era en una deliciosa mañana de junio de 1810: una dilatada faja de oro y púrpura asomaba por encima de la dentellada línea que formaban al oriente los últimos ramales y declivos de las montañas del Condado, cuyas cumbres fuertemente coloreadas de un azul de pizarra se marcaban, como el perfil anguloso de una sierra, sobre la zona ardiente que se extendía á su espalda: desde la base de esta cordillera de segundo orden se veía en la inmensa llanura que se extiende hasta la orilla izquierda del Guadiana, despuntar de momento en momento, heridos sucesivamente por los primeros fulgores del dia, torres esbeltas, y grupos aislados de casas mas blancas que la nieve,

pero separados unos de otros por distancias enormes, y sembrados desigualmente sobre aquella anchurosa sabana llamada *Tierra de barro*. Mas á la izquierda descollaba, ya iluminada por los primeros rayos del sol, la hermita colocada en el pico mas alto del encumbrado cerro que, á corta distancia del pueblo llamado Arroyo de S. Servan, se eleva al sur del camino que desde este último lugar conduce á Mérida. La hermita blanqueada cuidadosamente, lo ménos dos veces cada año, brillaba como un cometa sobre el fondo mate y azulado de la montaña y parecia un fanal en medio del dilatado campo que á sus pies yacía todavía sumergido en la luz dudosa de una semiclaridad. La orilla derecha del Guadiana, ya muy distante de las proyectadas sombras de la sierra, sobresalía en resplandor, y ya se divisaban del todo en ella las poblaciones esparcidas sobre su plano nivelado; las dos ó tres palmeras que, cual divisa de latitud, descuellan en todas las de la Estremadura baja; y las protuberancias formadas en sus torres ó campanarios por los enormes nidos de las cigüeñas, que, durante su paso y mansion en aquella rejion, se albergan en esas habitaciones aéreas, al parecer frágiles pero que resisten sin embargo á los furioses del huracan y á la intensidad penetrante de los rayos solares. Acia el norte y poniente crecía aun la luz y se descubría sobre los planos mas ó ménos inclinados que van elevándose insensiblemente en anfiteatro, una rica y variada campiña, en la que se delineaban, con todas las progresiones graduales de luz que producen el sistema completo de la perspectiva, las ondulaciones del terreno, las sinuosidades, las manchas oscuras, irregulares y caprichosamente extendidas de los carrascales y matorrales; las acordeladas, cuadrilongas y angulares de los olivares; los tapices, verde pálido, uniformes é interminables de las dehesas; y por fin el mosaico sin fin de los sembrados y de las tierras labrantias agrupadas en derredor de los pueblos. Mas allá de esta inmensa y florida cinta de vegetacion se veía elevarse á lo lejos, acia Villar del Rey, la anfractuosa cadena de montañas que separa el valle del Tajo del de Guadiana: el sol ya brillaba sobre sus cumbres agrestes y negruzcas, y centelleaba sobre algunos santuarios deslumbrantes de blancura, sembrados aqui y alli y siempre en los parajes ménos accesibles y mas empinados y escabrosos.

Era época de guerra, y la vista se deslizaba melancólicamente sobre este cuadro mágico, apacible apenas entónces durante las cortas noches de aquella estacion; turbado en lo demas por los combates y por el estruendo de las armas, por los alaridos y denuestos de los combatientes, por los gritos impiadosos de los vencedores y por los lamentos y jemidos de las victimas; cuadro manchado de sangre y de horrores, de incendio, de muerte y destruccion mientras la luz del dia permitia á los hombres buscarse para matarse, y correr el pais para saquearle y destruirle.

El ejército español se hallaba acampado entre el Évora y la atalaya de santa Engracia, casi debajo del fuego de la plaza de Badajoz: su vanguardia, compuesta únicamente de caballería, estaba en el Montijo, desde cuyo punto avanzaba con frecuencia acia Mérida, segun que se lo permitian los movimientos del enemigo, y conforme siempre al primordial objeto de cubrir al ejército; para lo cual, en caso necesario, la apoyaba este sosteniéndola con tropas dispuestas oportunamente en escalones sobre la direccion de su retirada natural. Esta vanguardia se habia formado pocas semanas ántes con los restos de varios rejimientos lijeros y de línea, considerablemente disminuidos por los combates, fatigas, enfermedades y escasez de forrajes y recursos; y despues de varios descalabros sufridos en los frecuentes encuentros que tenia con el enemigo, se habia confiado su mando á un jefe de caballería ya anciano, pero activo, emprendedor, inteligente y lleno de valor y serenidad. En los pocos dias que hacia que se hallaba á la cabeza de esta pequeña division, compuesta cuando mas de unos 800 caballos, habia conseguido reanimar el valor abatido del soldado: manejando con sumo tino los escuadrones que reorganizó á su modo, y haciendo un grande uso del órden compacto, habia infundido firmeza á aquella tropa amilanada por sus pasados desastres; y confiándola primero con ventajas hábilmente proporcionadas, no temia ya presentarla frente á frente de fuerzas iguales, ni efectuar una retirada ordenada á la vista y alcance de las que le fuesen superiores en número. El ejército descansaba pues desde entónces sobre el buen y seguro desempeño de aquel cuerpo, y este sobre el saber y acierto de su jeneral, en quien desde el momento de su mando nunca se habia notado

ni alteracion en los peligros, ni fluctuacion en las decisiones, ni precipitacion en las medidas.

En el instante á que nos referimos se divisaba á esta caballería agrupada á la inmediacion del camino que vá del Montijo á Torre-mayor, y distante como medio cuarto de legua de este último pueblo: estaba formada en dos columnas próximamente de igual fuerza, y casi paralela la una á la otra, aunque mas adelantada una de las dos: el intervalo que promediaba entre ellas era demasiado corto para un despliegue homogéneo sobre una misma línea; y su falta de paralelismo, y aun una lijera sinuosidad que se notaba en la direccion seguida por los guías de la columna de la izquierda, indicaban suficientemente que la intencion del jeneral no era desplegar simultáneamente sus dos masas.

El terreno que promediaba entre esta tropa y el pueblo que tenia á su frente era llano y enteramente despejado. Del lado opuesto y sobre la direccion natural del enemigo, habia una muy pequeña eminencia, suficiente solo para ocultar su llegada, y de consiguiente tambien para estorbarle ver las tropas que pudiese haber en el pueblo ó detras de este. Tres mitades de tiradores ocupaban el declive exterior de aquella eminencia, estendidas en él por parejas con sus correspondientes reservas: esta tropa no se veia por lo tanto desde los puntos en que se hallaban situadas las dos columnas. El jeneral se mantenía á caballo á igual distancia de ambas y algo separado de un pequeño grupo en que se distinguian dos oficiales, otros tantos soldados de ordenanza y un trompeta. Se notaba un silencio absoluto y una singular inmovilidad en todas estas personas: solo de vez en cuando volvia algun tanto la cabeza el jeneral como para prestar un oido atento á lo que podia ocurrir á su frente, restituyéndola luego á su posicion habitual.

Las dos columnas participaban de la misma apatía: jinetes y caballos se hallaban entorpecidos por aquella languidez soporosa que al amanecer gravita, como un enorme peso, sobre todo cuanto tiene vida, embotando la existencia, y debilitando sobre todo en sumo grado las facultades morales y físicas del hombre. Este es por lo comun el momento crítico del valor, y el en que se halla espuesto á los mas graves compromisos. Napoleon estaba tan íntimamente persuadido de esta verdad, que va-

rias veces se le oyó decir que lo que mas solia escasear eran los rasgos de bravura despues de la media noche. Crillon, el mas arrojado de los capitanes de Enrique IV., y á quien escribió este monarca en una ocasion: *ahórcate, hemos vencido sin tí*, pensaba tambien del mismo modo, como puede inferirse del hecho siguiente: hallándose de gobernador de una plaza asediada, algun tiempo antes del sitio de Paris, unos jóvenes oficiales de distincion, tan inconsiderados como lijeros de cascos, queriendo tal vez experimentar ó solamente chasquearle, se precipitaron de tropel en el cuarto en donde dormia, despertándole bruscamente con las voces aterradoras de: *¡Salvémonos! el enemigo ha entrado en la plaza! ¡Todo está perdido!..* La contestacion de Crillon, medio dormido todavía, fué lanzarse fuera de la cama, empuñar su espada y salir desnudo á la calle gritando: *¡á las armas! ¡seguidme! ¡viva el Bearnes!...* Los oficiales le siguieron en efecto riendo á carcajadas y diciéndole que volviese, que todo era una broma, y que solo se habian propuesto ver cual seria su primer movimiento. Vuelto de su sorpresa el gobernador, tomó su fisonomía una singular espresion de severidad.

—Con esta chanza de mal gusto, les dijo, habeis aventurado vuestras cabezas, pues seguramente os mandaria arcabucear en este instante si me hubieseis encontrado cobarde: credme, no tenteis nunca la voluntad del hombre de honor; bajo todos aspectos es peligrosa semejante prueba.

Estos dos testimonios nos parecen suficientes para acreditar, si fuese necesario, el desfavorable pero positivo concepto de que el tiempo en que en jeneral hay menor enerjía en el hombre, es el que transcurre durante las últimas horas que preceden á la salida del sol.

De todos modos, bien sea que este aserto se halle fundado sobre una verdad práctica é incontrastable, bien fuese por el cansancio que habia tal vez experimentado la tropa de aquellas dos columnas ántes de llegar á estacionarse en la posicion en que la dejamos á la inmediacion de Torre-mayor, lo cierto es que reinaba á la sazón en ellas un silencio casi completo, interrumpido solo de tiempo en tiempo por el choque casi imperceptible de algun regaton de sable con la espuela del jinete, ó con el tascar de un caballo demasiado oprimido por el freno.

Las horas de estupor, el periodo climaterico iba á terminar con la aparicion del sol sobre el horizonte, momento de alborozo, de animacion y de vida, que despierta á la imaginacion y aviva el curso de la sangre en las arterias, cuando resonaron debilmente y con breves intervalos algunos tiros de carabina y dos ó tres silvidos lejanos de sonido lastimero y decadente. En aquel momento se manifestó una repentina ondulacion en la cresta de las columnas: se enderezaron los cascos en una misma direccion, y estendiéndose con rapidez una especie de movimiento galvánico en todos sentidos, se adelantaron los bustos, se afirmaron las piernas sobre los estrivos, y comunicada brevemente á los caballos esta locomocion, se cuadraron estos, se estiraron, y engallaron las cabezas; dando todos estos movimientos simultáneos á aquellas dos masas armadas el aspecto de dos enormes reptiles que se ajitan y esperezan al despertar de un profundo letargo. Habia acompañado á este movimiento múltiple é instantáneo una especie de ruido sordo é inarticulado, un acento indefinible, no de terror, no de sorpresa, ni bien de alborozo ni bien de dolor, no de furor, tampoco de sobresalto: no era nada de esto en particular, y lo era quizá todo junto: era una emocion grave, profunda, y sentida jeneralmente como el golpe de la chispa eléctrica, aunque modificada al infinito segun el organismo de cada individuo, segun la susceptibilidad y grado de rigor ó irritabilidad de cada sistema nervioso. Viérase entónces sobre la alineacion de una misma fila espresiones mimicas variadas sin término, fisonomías características de todas las pasiones, ademanes que todos tenian una marcada significacion, una maquinal pero señalada y conocida tendencia: era el primer movimiento del alma, la espontaneidad sin máscara, la naturaleza, en fin, desnuda y cojida en fragante. Rostros habia contraídos y angulosos, deprimidas las cejas y arrugadas y casi unidas en su parte interior; amarilla la tez, pero encendidos los párpados, y brillante y bien destacada la pupila: en lo comprimido de los labios, en el ensanche y movilidad de la parte inferior de la nariz, en el desasosiego de los movimientos y en el requerimiento de las armas podia conocerse que estos indicios correspondian á temperamentos viliosos, fuertes y coléricos; á los pocos hombres que en los combates se pre-



tende que siempre atacan y asestan golpes, sin ocuparse en parar.

Otras caras se veían cubiertas uniformemente de un color encarnado que se aumentaba por momentos: estas tenían una grande movilidad de facciones, particularmente de cejas y labios: volvían estos individuos continuamente la cabeza acia un lado y otro, confiados en su brillante carnación: se agitaban en todos sentidos y soltaban mil dicharachos: se denotaba en ellos el valor caliente de la sangre; ese valor ruidoso y bullicioso, ménos sanguinario, ménos iracundo, ménos obstinado, y también mas jeneroso, mas humano que el que hemos pintado ántes.

Entremezclados entre estos dos tipos notables, se encontraban fisonomías que en este momento supremo tenían una indecible espresion de melancolia, unida, sin embargo, á un carácter jeneral de rijidez que inducia á creer que el valor era independiente hasta cierto punto en tales hombres, del temperamento; que miraban con astio los horrores de la guerra; que repugnaban la sangre, y que solo matarian por defenderse.

Habia también semblantes delicados, de un color mate muy parecido á la palidez; pero conservaban los labios purpúreos y húmedos, y las cejas inmóviles y bien arqueadas: se conocía que pertenecían aquellos á individuos muy accesibles á todo jénero de emocion; á aquellos que, aunque dotados de una alma bien templada, se conmueven del mismo modo al acercarse á una mujer que al aproximarse al enemigo, al adquirir una buena que una mala noticia, al oír la señal del jefe de una orquesta que al principiar un discurso; criaturas frájiles y fuertes á un mismo tiempo, que eminentemente impresionables, viven en un émbate fatigoso é incesante de sensaciones punzantes y de conmociones violentas; sensitivas lastimadas toda la vida por cuanto las rodea, á las que la pena hiere continuamente, á las que el placer mismo hace sufrir las mas veces. Incapaces casi siempre de dominar estos seres estremadamente sensibles el movimiento nervioso que con tanta frecuencia los ajita, se muestra su emocion casi sin disimulo alguno; siendo entonces muy fácil interpretar falsamente esta manifestacion, que no es ciertamente en tales casos un indicio de cobardía: al contrario, escesivamente accesibles estos temperamentos al incen-

tivo del honor, de la gloria, de la ambicion y de todos los sentimientos nobles y elevados, suelen hallarse, en las grandes ocasiones, al lado de esta alteracion fisica demasiado ostensible, una alma de acero y un brazo de héroe.

En medio de ese mosaico de espresiones bosquejadas pasajeraamente por la impresion de los primeros tiros, se encontraban asimismo caras algo pálidas, cuyas diversas facciones á duras penas se mantenían en su lugar: los individuos á que pertenecían ese sobrescrito dudoso buscaban por todos los medios posibles cómo dominar su turbacion, y recelosos de su semblante, le ocultaban, ya bajándose á recojer las riendas y á manosear alguna pieza de la brida ó del equipo, ya acomodándose el casco ó las carrilleras de modo á poderse frotar, al descuido, las mejillas, á fin de llamar algun honroso color sobre su faz macilenta y apergamizada: necesitaban de cierto tiempo para rehacerse, pero no daban su brazo á torcer, y al cabo conseguían, á fuerza de esfuerzos, reunir justo la dosis necesaria de coraje para no echar á correr.

Algunos pasos separados de una mitad en que se encontraban varias organizaciones de esta clase, se hallaban, sobre el flanco de una de las columnas, dos oficiales que discurrían acerca de los movimientos que convendría ejecutar luego que se presentase á descubierto el enemigo: volviendo la cabeza uno de ellos acia las filas, vió que dos camaradas de la calidad que acabamos de describir entablaban sijilosamente un diálogo algo cerrado con una calabacita que se pasaban y repasaban á priesa: lleno de indignacion quiso abalanzarse á ellos para evitar, segun decia, este escándalo; pero mas cauto y experimentado el otro oficial, le detubo del brazo en el momento que iba á lanzarse sobre los bebedores.

—No hagais tal, le dijo, volved la cabeza, como yo, á otro lado, y dejad que cada uno se arregle como pueda: seguramente esos dos cuitados son hombres honrados y de pundonor que á toda costa quieren cumplir con su obligacion ¿por qué quitarles ese medio que tienen de calentarse la sangre?

Volviendo á nuestra galería, diremos con sentimiento que, aunque no en grande número, se encontraban sin embargo entre aquellas filas, rostros turbados; facciones enteramente descompuestas, trastornadas y de color de ropa

sucia; cárdenas las cuencas de los ojos, des-  
encajados estos, levantadas las cejas, arrugada  
descomunemente la frente, blancos y convul-  
sos los labios, estirada y manchada la piel;  
contraídos con esfuerzo todos estos espanta-  
bles semblantes para traerlos al orden; pero  
inútilmente y sin conseguir otro resultado que  
el de hacer cada vez mas visible un miedo  
atroz que, atacando al pobre individuo de  
pies á cabeza sin perdonar al vientre (que, se-  
gun parece, es una de las primeras piezas or-  
gánicas que caen bajo del dominio de la pusila-  
nidad) se manifestaba á proporcion de los  
esfuerzos hechos para contenerle; todo con  
grande perjuicio del ejemplo, con algun des-  
doro del uniforme y finalmente con quebranto,  
en alguno que otro raro caso, de los que te-  
nian demasiado delicado el sentido del olfato.  
No olvidemos decir, por última pincelada, que  
el pobre demonio que padece este achaque  
tiene por ademan maquinal y favorito, ó por  
monomanía, como se dice ahora, el inclinar la  
vista atras en todas ocasiones: es la personifi-  
cación material del movimiento llamado *retirada*.

Un grande y noble tipo se encontraba asi-  
mismo en aquella masa de combatientes, y es  
el que nos queda por delinear: existian pues  
facciones tranquilas, impasibles á la impresion,  
á la imájen, á la memoria, á la presencia del  
peligro; enteramente regularizadas y en la ac-  
titud clásica del reposo ó de la meditacion. Nin-  
guna alteracion de color habian padecido estas:  
el blanco del ojo era el mismo, y la pupila aten-  
ta, pero apacible, no habia subido de color, no  
se habia enardecido ni entibiado, y se destaca-  
ba del mismo modo y sin aumento de matiz so-  
bre su fondo liso y mate. La mas pequeña ob-  
servacion bastaba para dar á conocer que deba-  
jo de esta inefable cubierta habia un carácter  
amoldado á lo Plutarco; una alma elevada, fuer-  
te, magnánima, capaz de producir igualmente  
al buen soldado, al oficial distinguido, ó al  
gran jeneral. Tal, entre otros, era el semblan-  
te y el aspecto del jefe de la division: los tiros  
partidos del punto en que se hallaban los tira-  
dores, sin duda habian obtenido su atencion;  
pero esta atencion fria y reflexiva se concentra-  
ba solo en su cerebro, y no tenia fuerza sobre  
sus nervios ni sobre su corazon: era la aten-  
cion íntima y abstracta del jeómetra que asien-  
ta los términos de una demostracion, ó del mé-

dico que calcula y medita las pulsaciones de  
su enfermo.

Los tiros se repetian con desigualdad, y el  
jeneral permanecia inmóvil; pero habiendo  
notado que, aunque poco nutrido, se extendia  
el fuego acia la derecha é izquierda del frente,  
avanzó algunos pasos, como para cerciorarse  
mejor de este efecto. Entónces se divisó un ji-  
nete que saliendo del pueblo se dirigia al gran  
galope acia el centro de las dos columnas: lue-  
go que descubrió al jefe de estas se aproximó  
á él, y conteniendo la carrera, le saludó y ha-  
bló: despues de las primeras palabras, el jene-  
ral, que le habia esperado sin adelantar un  
paso, le hizo seña con la mano de que se colo-  
case á su izquierda, y despues de un corto re-  
lato acompañado de un accionar ostensible que  
parecia ausiliar la explicacion del recién llega-  
do, é interrumpido solo por alguna interroga-  
cion breve y precisa, volvió la cabeza y con  
voz reposada, pero clara y firmemente acen-  
tuada, dijo al oficial mas graduado de los dos  
que se hallaban detras de él

—Diga V. al comandante de la columna de  
la derecha, que mande *formar los escuadrones*  
y que desplegue y avance en seguida en esca-  
lones por la misma mano hasta que el mas  
adelantado de estos llegue á cosa de trescien-  
tos pasos del pueblo.

Dirijiendo en seguida la palabra al otro  
oficial

—Prevenga V., le dijo, al jefe de la colum-  
na de la izquierda, que gane terreno por el  
flanco de sus guías hasta situarse á cien pasos  
de la altura del último escalon.

Dicho esto y sin aguardar contestacion al-  
guna, bajó la mano izquierda y salió al galope  
en la direccion que habia traído la persona que  
le habia dado el parte, desapareciendo bien  
pronto entre las calles de la poblacion.

Ya por entónces el sol se hallaba sobre el  
horizonte y subia por su celeste campo: la uni-  
formidad de accion se habia restablecido com-  
pletamente sobre las diversas fisonomías que  
hemos analizado, y la enerjía, el vigor y el  
animoso vaticinio del valor habian descendido  
en todos los corazones, al mismo tiempo que  
el astro del día habia bañado con sus rayos de  
oro todos los pechos.

Desplegada en escalones la columna de la  
derecha, avanzaban los escuadrones en este  
orden amenazador, prontos para el ataque ó la

retirada, cuando la mayor proximidad del fuego y la aparición de una densa y rastrera polvareda, dió á conocer que el enemigo se adelantaba decididamente y con numerosas fuerzas sobre los tiradores..... Pero recordamos que solo nos hemos propuesto hablar de *los primeros tiros*, y nos detenemos, traspasados ya los límites señalados por el epigrafe de este artículo.

L. Corsini.

## DEFENSA DE SOLSONA.

1837.

La ciudad de Solsona que por espacio de tres años y en medio de numerosísimas hordas facciosas habia conservado erguida y desplegada la bandera constitucional que ondulaba en sus muros, contra los cuales estrelláronse ya los esfuerzos de Guergue y sus navarros, cayó al fin, no avasallada por la fuerza, sino vendida por la mas negra perfidia. Un vil traidor, olvidando con dolosa ingratitud el harto jeneroso perdon de un gobierno que pudo haber tomado su vida en expiación de su rebeldía, y que, cual venenoso reptil, habia logrado deslizarse abrigado de la leal indulgencia de sus compatriotas, hasta usurpar en las filas de la Milicia Nacional un puesto que manchó con su fratricida infamia, fué el que tan fatalmente vendió é inutilizó el patriotismo, el valor y la constancia de hombres dignos por cierto de mejor suerte.

Su nombre no ensuciará estas páginas; puesto que sabido de todos los catalanes y estampado en los fastos del crimen y de la traición, la historia cuidará de transmitirlo á la posteridad como un objeto de oprobio y de execración.

Perdida por los carlistas del Principado la esperanza de apoderarse con la fuerza del importante punto de Solsona, defendido por un puñado de valientes, resolvieron en su rabiosa impotencia servirse de un miserable, avezado ya al engaño, para franquear á su cobardía el

paso que no podia abrirles el empuje de sus bayonetas; y esperando mañosamente una ocasión, en que, alejadas nuestras columnas, pudiesen sin riesgo ni estorbo llevar á cabo sus maquiavélicos planes, la encontraron en la noche del 21 de abril de 1837; noche por siempre aciaga, y cuyo doloroso recuerdo difícilmente borrará el tiempo de la memoria de los infelices solsoneses.

A la una de la madrugada del 22, amparados por la oscuridad y acordes con el centinela colocado en una de las ventanas del palacio episcopal que miraba á la puerta llamada *Portelletes y Camaril*; Tristany y sus hediondos secuaces, desarmando y aprisionando á la guardia, se apoderaban del palacio, sin que nada estorbaba la ejecucion de este sijiloso asalto, por la fatal coincidencia de haber quedado suprimido pocos dias antes un reten situado de costumbre en la casa llamada de *Andreu*.

Siendo el palacio episcopal el único punto que en caso de reveses pudiese servir de ciudadela á la guarnicion y á las familias comprometidas por nuestra causa, solo quedaba, perdido este interesante punto, el recurso de morir peleando en las calles ó de ampararse á un convento de monjas, que por no hallarse en estado de defensa bien poca seguridad ofrecia.

Dueños ya los facciosos del palacio, la pérdida de la ciudad y de sus defensores era tanto mas segura, cuanto por una aciaga coincidencia quedaba en poder de los primeros el repuesto de municiones transferido á aquel punto dias ántes, á escepcion de siete barriles de cartuchos que por falta de tiempo todavia existían en la casa consistorial, y sirvieron de único elemento á esta tan reñida como memorable defensa.

Varios paisanos que casualmente llegaban conduciendo comestibles en la hora en que se verificaba la sorpresa, fueron cojidos y robados; pero habiendo logrado escaparse, dieron aviso al centinela de la torre de *Casa bonan*. El cabo que mandaba en aquel punto creyendo que la guardia del palacio estaba descuidada, envió para prevenirla é informarse de las novedades, al nacional Miguel Rets, que al entrar fué sorprendido y desarmado, como tambien otro nacional que por una fatal casualidad se presentó allí en aquel momento; pero mientras los facciosos estaban ocupados en sujetar á este

último, el intrépido Rets logró no solo abrirse paso por medio de ellos, sino libertar á su compañero y arrojarle con él á la calle, evitando milagrosamente un trabucazo que á aquella ropa le fué asestado.

Al ruido del tiro y de las descompasadas voces de los prisioneros fugados, cundió el alarma por la ciudad. El jefe de día, capitán de la primera compañía de nacionales D. Domingo Coll, (a) Mabes informado confusamente de lo ocurrido se dirigió impávidamente acia el punto invadido, acompañado solo del cabo primero de su compañía, Celedonio Lagarriga, y del nacional Antonio Aymerich, y sin reparar en el inmenso peligro que afrontaba, se arrojó como un león en medio de los enemigos, y mientras peleaba frente á frente con uno de ellos, fué cobardemente asesinado por los demas.

Perdió el pais en Coll uno de sus mas bizarros hijos, hombre de alma, de elevado y robusto temple, y que despues de combatir luengos años por la causa nacional, tanto en la guerra de la independendencia como en América, murió tan patrióticamente como habia vivido, y como mueren los héroes.

Los dos nacionales que le acompañaban lograron escaparse.

Varios individuos de la Milicia Nacional que despertados por el grito de alarma acudían á la plaza con direccion á palacio, por ignorar que estuviere en poder de los facciosos, fueron detenidos por el fuego que rompieron estos desde los balcones, derribando al sarjento segundo de nacionales D. Domingo Cabot y al miliciano José Colell; otro nacional D. Joaquín Gatuellas quedó igualmente herido con su esposa, al querer poner en salvo su familia, y fué tambien muerta al poco rato su criada, que iba á reunirse con sus amos ya prisioneros.

En aquellos momentos el subteniente del rejimiento infantería de Zamora 8.º de línea, D. Juan Paulino del Amo, que se hallaba de guardia en la casa de la villa, acudió con los individuos de la misma á la plaza de la Constitución, y apostándose frente á la puerta del palacio en los postes, impidió con su fuego la salida de los facciosos, del edificio.

Acudió tambien en el acto el comandante de armas, D. Juan Bautista Roca, con unos cuantos nacionales y quintos de la guarnicion, reunidos de prisa y animados por la serenidad

con que este jefe empezó á tomar las disposiciones necesarias para contener la faccion dentro del palacio y de la iglesia catedral.

Herido levemente en un pié, pretestó una súbita cojera para tener medio de apoyarse en el brazo de su asistente, y evitar así el desaliento que pudiera infundir en su tropa este acontecimiento.

Tambien quedó éntonces herido el capitán de la Milicia Nacional D. Francisco Javier Cantons, que tuvo que ser transportado al convento.

Reunidos luego en la plaza el teniente comandante del destacamento de Zamora don Antonio Heredia, el subteniente del mismo cuerpo D. José Viedma, y toda la tropa y milicia franca de servicio, se mandó por un pregon, que bajo pena de la vida se presentasen en aquel punto con picos y azadones todos los hombres y mujeres del pueblo.

Cumplido el edicto, quedó en un momento con el ayuda de los trabajadores, desenlosada la plaza y erijida una barricada en la boca calle que venia de palacio, con el objeto de impedir que pudiesen los facciosos salir del recinto del edificio y esparcirse por la poblacion.

Acordado en el mismo tiempo el guarnecer las casas que daban frente al punto invadido, se advirtió al querer verificarlo que la casa de Francisco Feliu, estaba ocupada por algunos enemigos, que seguros de la proteccion de sus habitantes, habian osado penetrar por una puerta falsa, que sin duda una criminal connivencia les habia abierto; pero cargados decididamente por algunos soldados y nacionales, quedó desalojada al punto la casa.

Abrióse en seguida comunicacion con todas las demas casas que formaban aquella isla, y la faccion ya no pudo salir sin esponerse á un terrible fuego cruzado.

Tomadas tambien por nuestros valientes las aspilleras de la puerta de la iglesia, los enemigos no atreviéndose á arrojarles de este punto, pegaron fuego á la puerta.

Mientras por todos estos medios se contenia á la faccion encerrada en el palacio, quedaban tambien cubiertos con cuidado todos los puntos de la muralla para rechazar cualquier ataque que se intentase por otra parte del recinto.

Parece imposible que una escasa fuerza de 250 hombres, compuesta de nacionales y quintos del rejimiento de Zamora, pudiese defen-

der las avenidas del palacio é iglesia catedral, y la estensa línea que formaba la fortificación de la ciudad.

Solo el valor de los soldados y el ejemplo de los jefes pudo suplir el número y hacer frente á todas estas atenciones.

Admirable era de ver en medio de la amenazadora algazara de los invasores, del repique de las campanas y del estruendo de la fusilería, la serenidad y la confiada impavidez con que el nacional patriota y el disciplinado soldado ocupaban su puesto y desafiaban al peligro.

Al romper el día la facción no había adelantado un solo paso; apiñada dentro del fuerte la faltaba el valor para asaltar nuestros parapetos, y su furia se deshacía en impotentes imprecaciones.

El comandante de armas que defendía en persona la barricada, punto de mayor exposición, y en donde se sufría el fuego del enemigo á tiro de pistola, fué herido por segunda vez en el muslo y contuso en el pecho, lo que al fin le obligó á entregar el mando al teniente de Zamora D. Antonio Heredia, y á retirarse despues de dar con el caballo una última vuelta en el recinto, al convento de las monjas, punto destinado para refugio en el último apuro.

Al ver que apenas empezado el combate habíamos perdido al capitán Coll, y que quedaban fuera de combate el comandante de la Milicia Nacional, y el comandante de armas, cuyo comportamiento fué altamente recomendable, se creyó que podrian estos reveses introducir algo de desaliento en una jente casi bisona; pero no sucedió así, gracias á la serenidad del nuevo jefe el teniente Heredia, y al ejemplo que supo dar á todos pagando de su persona en los puntos de mas peligro.

Entretanto las familias comprometidas se dedicaban á acarrear víveres al referido convento de monjas. Veíanse allí ancianos, mujeres y niños afanados en esta tarea, mientras sus hijos, esposos y hermanos disputaban al enemigo el puesto confiado á su lealtad, y la seguridad de tan caros objetos.

Los apostados en las casas que daban frente á la entrada principal de la iglesia avisaron la salida por aquella puerta de un carro forrado de cobre ó hierro, movido por hombres que iban dentro provistos de achas destinadas á in-

cendiar las casas que tanto les incomodaban.

Ya estaba en medio de la plaza esta máquina de guerra, cuando una descarga asendada con acierto á las piernas que venían descubiertas, inutilizó la tentativa y obligó la máquina á retirarse, dejando un gran rastro de sangre que probaba lo cara que había salido al enemigo la tal tramoya.

Luego despues supimos por las mujeres que quedaron cuando la venida del Barón de Meer, que de los nueve que iban dentro del carro fueron heridos cinco.

Por las afueras se observó que iban llegando nuevos refuerzos facciosos que sin peligro alguno se introducían por la puerta del jardín del palacio y Portelletas.

Sobre las siete de aquella mañana vimos acercarse por la plazuela una mujer con unos papeles en la punta de un palo: era la infeliz doña Ramona Gatuellas, que junto con su esposo había caído en poder de los facciosos, y que venía con dos pliegos, uno para el comandante, y otro dirigido al ayuntamiento.

El rebelde Tristany y la junta carlista nos convidaban á una transacción, prometiéndonos un salvo conducto para permanecer tranquilos en nuestras casas, si dentro de una hora rendíamos las armas.

Hé aquí copiados literalmente los dos citados oficios, en donde se trasluce por demas el estilo frailesco.

Ejército real de Cataluña.—2.<sup>a</sup> division de operaciones.—El Todo-poderoso cuya causa defiende y la del mas justo y lejitimo de los monarcas, acaba de proporcionarme un triunfo que no esperabais reservándolo á la numerosa, fiel y valiente division que yo mando. Lo mismo fue, á los tres cuartos para la una de esta madrugada, ver mis valientes este alcazar y catedral que creiais inespugnable, cuando al momento han sido asaltados sus muros; los acentos de viva la religion, viva Carlos V, han resonado por estos baluartes. Esta es una verdad que os es patente y manifiesta, y lo mismo debe seros el que tenga en mi poder diferentes individuos de esta guarnicion prisioneros, y que nuestro compañero de armas Mabes ha comparecido ante el tribunal de Dios; pasando en mi poder, como es consiguiente, diferentes pertrechos de boca y guerra. Aspiroz se halla en Barcelona, Niubo perseguido por la primera division de operaciones; cuatro organizadas y valientes divisiones estan ya en marcha para este punto. ¡Miserables! ¿Permaneceréis todavia ciegos en medio de la claridad que os dispensa el cielo bondadoso para que conozcaís que vuestra ruina es inevitable, y que el triunfo de las armas de mi rey y amo el Sr. D. Carlos V es tan seguro como segurísimo que vais á per-

der vuestras vidas al filo de mis bayonetas ó calcinados por las llamas sino os entregais en el término de una hora? Consultad vuestros intereses y los de vuestras familias, y creedme, rendid vuestras armas y se os perdonará la vida librándoos un salvo conducto para poder permanecer tranquilos en el seno de vuestras familias sin que nadie os incomode ni moleste; pues que si á los carlistas les es natural el valor están tambien dotados de humanidad, compasion y generosidad. En mis soldados encontrareis unos hermanos; vereis no os engaña un jefe que tiene el honor de servir á un monarca que por sus virtudes, valor y decision en la defensa de la religion verdadera y de sus indisputables derechos al trono de las Españas, es el pismo y la admiracion de la Europa entera; entendiendo que mi palabra de honor es sagrada cuando la comprometo como ahora. Dios guarde á V. muchos años. Palacio episcopal de Solsona á tres cuartos para las seis de la mañana del 21 de abril de 1837.—El brigadier Benito Tristany.—Sr. comandante de armas y guarnicion de esta plaza.

Real junta gubernativa del Principado de Cataluña.—Los vocales de la junta superior gubernativa de este Principado que acompañamos al bizarro brigadier D. Benito Tristany, nos dirigimos á VV. SS. para evitar efusion de sangre y otros males que están amenazando á esta ciudad. Las tropas del rey N. S. que están al mando del espresado brigadier están apoderadas de este palacio episcopal y de la iglesia catedral, despues de haber muerto al capitan de los llamados nacionales Sr. Mabes, y hecho prisionero todo el reten que guardaba este palacio. Están resueltas las tropas del rey á dar el ataque con el mayor esfuerzo y solo esperan el permiso de su jefe para ejecutarlo con la intrepidez y buen suceso que acostumbrán. No tienen VV. SS. que esperar auxilio, señores, de ninguna parte. La columna que iba capitaneada por Ayerbe ha sido batida completamente por el brigadier Sobrevias, como lo manifiesta el adjunto parte que incluimos. Las columnas del campo de Tarragona y de la provincia de Lérida no pueden dejar sus distritos ya por que los ocupan bastante las tropas del rey que operan contra ellos; ya que no pueden alejarse de la raya de Aragon y Valencia despues de la insigne victoria del general Cabrera conseguida el 29 de marzo último á las puertas de la ciudad de Valencia. La columna de Aspiroz está observada por las del rey que van triunfantes por el centro de la provincia. El evitar la ruina de esta ciudad y las calamidades espantosas que van á sufrir sus habitantes, pende de la resolucion de VV. SS.; el brigadier D. Benito Tristany cumplirá lo que ofrece á VV. SS. y lo aseguramos nosotros bajo nuestra palabra de honor por el bien de esta ciudad que nos mueve á compasion.—Palacio episcopal de Solsona 21 de abril de 1837.—Bartolomé Torrabadella. —Narciso Ferrer. —José Ventol.—Al ilustre ayuntamiento, Sres. Comandantes de la tropa y Nacionales de esta ciudad.

Ya se habia hecho vulgar entre los hombres que sembraban la desolacion y el estrago en su propia patria el querer establecer una especie de mancomunidad entre su causa y la del supremo Hacedor, mezclando orijinalmente la invocacion de tan santo nombre con la perpetracion de los mas inauditos escesos.

Ademas de acarrear por delante de ellos todos los males que lleva la mas desenfrenada licencia, aquellos ministros de un nuevo Alcorán recurrían sin remordimiento á la imposura para lograr prosélitos y seducir incautos.

Así es que Tristany tenia el valor de decir que Solsona habia sido tomada por asalto, cuando Solsona jamas hubiese visto manchados sus muros por las bandas rebeldes, á no haber encerrado en su seno un traidor que vendió el puestito confiado á su vijilancia.

Bien sabia Tristany que apoderado del único fuerte que tenia la poblacion, treinta hombres habian sido suficientes para contenerle siete horas, y que tal vez permanecería todavía allí encerrado sin la traidora ayuda de los habitantes de la casa *Moset*.

Desesperando de la victoria, procuraba difundir el desaliento entre los defensores de Solsona, apagando en sus pechos la esperanza de ser socorridos por sus compañeros, y noticiándoles la venida de cuatro divisiones suyas, sin reparar que esto era confesar que no bastaba la suya para acabar con 250 valientes que habian sido sorprendidos. Esperábamos en verdad el socorro de nuestras tropas; pero no era esto el principal móvil de nuestra defensa, sino el voto hecho de morir ó vencer.

Tristany nos amenazaba con la muerte y nos halagaba con promesas; despreciamos la primera y no creimos en las segundas.

¿Qué humanidad y proteccion podíamos esperar de unos hombres que encontrando al entrar en palacio cerrada la habitacion del obispo, la abrieron de un trabucazo, inundaron su aposento, se arrojaron sobre su lecho, y como verdaderos salteadores de caminos le despojaron brutalmente de todo cuanto tenia, hasta de su anillo y pectoral; de hombres que, sin reparar en opiniones y en caracteres, insultaban y maltrataban á cuantos sacerdotes encontraban?

Tales eran los hombres que Tristany nos queria dar por hermanos, cuando ellos no servian mas que para verdugos.

¡Tales eran las muestras de la compasion y jenerosidad que nos ofrecia el cabecilla bajo palabra del honor.... que no tenia!!! Testigos cuantos infelices tuvieron la desgracia de creer en él.

Se jactaba Tristany de la muerte del valiente Coll (á) Mabes, cobardemente asesinado, y cuyo cadáver despues de arrastrado por las calles, fué atado á un pilar de la plaza de la Constitucion, en donde sirvió de mofa y de escarnio á aquellos héroes, hasta que á fuerza de bayonetazos hubieron esparcido sus despedazados miembros.... ¡qué horror!!! Los restos inanimados de un presbítero, don Mariano Corominas, que falleció aquella noche á la edad de ochenta y dos años, sirvieron tambien de diversion á aquella frenética chusma!!

La junta carlista, á fuer de humana, queria, segun decia, evitar la efusion de sangre.... ya se vé, la efusion de la suya es lo que temia; porque sabia que muy caro le habia de costar el triunfo... pero todos sus ardidés eran vanos: los defensores de Solsona no se rendian.

Manifestáronse á la tropa y á los nacionales las proposiciones del enemigo; ellas fueron recibidas con el mayor desprecio é indignacion en medio de los vivas á Isabel y á la Constitucion; y el voto unánime de morir ántes de capitular con las hordas facciosas sirvió de constestacion.

Sobre las nueve los facciosos destapiaron una puerta colocada por debajo de la capilla de la Merced, que comunicaba á una casa contigua llamada la de *Moset*, y ayudados por sus dueños lograron esparramarse por las vecinas sin ser ofendidos por nuestros fuegos, dirijiéndose acia la plaza de san Juan, situada á retaguardia nuestra, con el objeto de cortarnos la retirada, interponiéndose entre nosotros y el convento, lo que nos obligó á abandonar la barricada y á efectuar nuestro movimiento retrógrado con el mayor orden por las calles del Castillo y de Llobera, disputando palmo á palmo un terreno que el enemigo no conquistó sin sangre.

Toda la fuerza distribuida en el recinto de la ciudad se fué tambien replegando poco á poco, y á cosa de las diez nos hallábamnos todos reunidos en el convento de las monjas de la enseñanza, que era el punto destinado á servirnos de ciudadela, habiendo tenido en esta operacion tres soldados prisioneros.

Pegada al dicho convento con el frente á la embocadura de la calle del *Castillo*, se hallaba la casa llamada tambien del *Castillo*, propiedad del duque de Medinaceli, la que por razon de su contigüedad con el edificio que nos servia de fuerte, y con el objeto de proteger la citada calle, se ocupó y puso en estado de defensa, estableciendo su comunicacion por medio de un agujero hecho en la pared medianera.

El subteniente don Juan Paulino del Amo y las familias que ya de antemano estaban reunidas en las dos casas, habian empezado á hacer una débil fortificacion, tapiando las puertas con las piedras que se sacaron desentosando la calle y aspillerando las ventanas con los ladrillos de los corredores y cuartos del edificio, fortificacion que hacia incompleta la falta de materiales, y lo atropellado de una construccion á la que cooperaban personas que en la mayor parte ninguna intelijencia tenian en el arte.

Antes de encerrarnos incendiámos las casas mas próximas á nuestro recinto, temerosos de que sirviesen de auxilio al enemigo.

El patio y huerta del convento formaban nuestra primera linea de defensa: el primero se fortificó por medio de algunas aspilleras en la pared que hacia frente á la plaza de san Isidro, formando detras de su puerta una débil tapia hecha de piedras y sacos de tierra.

El huerto estaba de antemano defendido por la parte que mira á las casas del campo y al hospital; pero por el lado de la ciudad solo existia una muralla antigua que su espesor no permitia aspillerar.

Desde los parapetos de la estremidad del huerto se defendian los dos lienzos del hospital que miran al Norte y Este, y los fuegos de este edificio protejian bastante la parte del convento que dá al campo.

Se distribuyó la jente en los puntos de defensa, y cada cual en el suyo procuró concluir la fortificacion medio empezada.

Mientras las mujeres y niños se empleaban en arrancar ladrillos y piedras y conducirlos á los parajes necesarios, la guarnicion impedia con sus acertados fuegos la aproximacion del enemigo.

Una comision de señoritas se instaló para segundar al fisico don Juan Llobis en la curacion de los heridos, cuyo número iba cre-

ciendo, y cumplió con el mayor celo tan interesante cargo.

No contentas estas heroínas con el desempeño de esta voluntaria obligación, recorrian los puntos, animando á sus defensores y llevándoles los alimentos que podia proporcionar la estrechez de la circunstancia.

Sería una injusticia hecha al patriotismo y á los servicios de aquellas nuevas amazonas el callar los nombres de las que, como la viuda de don Buenaventura Sanpons y las señoritas doña Ignacia Cериola, doña Teresa Riu y doña Josefa Pajes, tanto ennoblecieron al bello sexo de Solsona.

*(Se continuará.)*

## ESPEDICION DE GOMEZ.

### PRIMERA PARTE.—DESDE SU SALIDA HASTA SU MARCHA Á MONDOÑEDO.

Suelen los que emprenden la enojosa cuan árdua tarea de escribir la historia de hechos contemporáneos en cuyo proscenio deben aparecer personajes todavía existentes é influyentes, deshacerse en protestas de imparcialidad, solicitando una indulgencia relativa á las dificultades, escollos y compromisos, con los cuales tuvieron que luchar.

Nosotros empezaremos nuestra obra contrayendo para con el lector el mérito de ahorrarle tan triviales é inútiles prólogos, limitándonos á asegurarle que, huyendo tanto del estilo exajerado del romancero, como del exclusivismo político, nuestro único objeto es reunir aquí en compendio conciso, pero exacto, los hechos y acontecimientos que en trozos y épocas distintas cayeron en el dominio de la publicidad con respecto á la famosa expedición del cabecilla carlista Gomez, ateniéndonos á la sencilla relacion de las cosas, acompañándola alguna vez que otra de consideraciones y observaciones sobre los eventos y las probabi-

lidades, y comparando causas y efectos, medios y resultados.

Habiendo servido de jalones á este trabajo, piezas, documentos y correspondencias altamente oficiales, creemos que el interes que siempre acompaña la verdad asegurará á esta reseña histórica todo el crédito que necesita.

Por mediados de junio de 1836 el ejército constitucional á las órdenes del jeneral don Luis Fernandez de Córdoba, estendido en una prolongada linea, formaba al redor de las provincias vascongadas un vasto semicírculo, cuyo perimetro estrechándose cada dia mas, parecia á punto de comprimir y ahogar la revolucion en su mismo foco.

Conocido de antemano por este jeneral el proyecto de una expedición carlista, sus operaciones dirigidas á consecuencia tendieron á impedirle la salida, encargando única y especialmente este objeto á la tercera división que mandaba el mariscal de campo don Baldomero Espartero, y á la de reserva á las órdenes del de igual graduación don Juan Tello.

Con el mismo fin y con el objeto de hacer mas dificultosa la probabilidad de la rotura de la linea, dispuso que una brigada compuesta de tropas sacadas de la guarnición de Bilbao, desembarcase en San Sebastian para poder desde este punto obrar con celeridad segun lo exigiesen las circunstancias y los movimientos ulteriores del enemigo.

Confiado Córdoba en que aquellas disposiciones, cualquiera que fuese el camino que para su salida escogiese la premeditada expedición, constituirían elementos de resistencia suficientes á dar á los cuerpos próximos el tiempo de concentrarse, no esperaba recibir con el acontecimiento que desbarató sus esperanzas y sus combinaciones, un tan pronto desengaño.

Tanto mas convencido D. Bruno Villarreal, que acababa de suceder á Zumalacarregui en el mando del ejército de don Carlos, de la necesidad de ensanchar la esfera de sus operaciones, cuanto mas la rígida circunvalación de su adversario le iba oprimiendo y estrechando,

resolvió por fin apelar á una maniobra atrevida, que desviando la tenaz atencion del enemigo le procurase un poco de desahogo y descanso.

Acordóse á este efecto con la Corte la salida de una expedicion que debia penetrar en las provincias de Asturias y Galicia, objetivos de operaciones que se escogieron con preferencia por su inmediacion á Navarra, y el espíritu favorable que en sus pueblos se suponía acia la causa del pretendiente; debiendo servir esta operacion á propagar fuera de su foco el espíritu de rebelion, distraer las tropas que acosaban al caudillo carlista, y sobre todo facilitarle los medios de llevar á cabo sus hostiles proyectos contra Peñacerrada y la izquierda de Córdoba, que segun se creía, acudiría con preferencia á la persecucion de la columna expedicionaria.

Después de la muerte de Zumalacarregui era esta la primera tentativa de consideracion que se hacia para estender la insurreccion en el resto de la Península; puesto que no se puede hablar de la insignificante y estéril correría, que verificada en principios del mismo año al cargo de Batanero, volvió á los dos meses diezmada y derrotada á ampararse de nuevo de los montes de Navarra.

Decidida y dispuesta ya la expedicion y determinado su objeto, se nombró por jefe á don Miguel Gomez, y por segundo al brigadier marques de Bóveda. Antes de pasar adelante diremos aquí alguna cosa sobre los antecedentes del primero, que tan principal papel tiene que desempeñar en nuestra narracion.

Don Miguel Gomez, mariscal de campo del ejército carlista, tenía en aquella época 52 años, de los cuales habia pasado treinta en el servicio: nacido en Torre don Jimeno, pueblo del reino de Jaén; de complexion robusta y de gallarda y marcial presencia, habia empezado á servir durante la guerra de la independencia en la época en que Dupont invadió las Andalucías, distinguiéndose desde luego en su carrera: hecho prisionero en un encuentro fué llevado á Francia en donde permaneció un año; logrando, después de algunas tentativas infructuosas, evadirse y dar la vuelta á su patria.

En 1820 corrió de nuevo y con ardor á las armas en favor del absolutismo, hallándose después de comandante en el regimiento de que

era teniente coronel el harto célebre Zumalacarregui.

Volviéronse á reunir en 1832 estos dos caudillos realistas en Madrid estrechando entónces mas sus amistosas relaciones por la intimidad consiguiente á la identidad de sus situaciones, la simpatía de sus caracteres y la homogeneidad de sus ideas y miras políticas.

Durante la enfermedad del rey ambos ofrecieron sus servicios al infante don Carlos, y comenzaron á utilizarse en su obsequio en el año siguiente después de la muerte del monarca, saliendo de la corte á fomentar las diversas sublevaciones realistas que tuvieron lugar en varios puntos de España, y que sin embargo se estrellaron todas contra el espíritu liberal de las masas.

Frustrada completamente la que dirigió Gomez en la provincia de Cuenca en donde ningun eco encontraron sus tentativas, tuvo que huir precipitadamente para escapar al castigo merecido, y reuniéndose con Zumalacarregui en las provincias vascongadas, fué sucesivamente ascendido por este á coronel y jefe de E. M. de los insurreccionados.

Muerto su compañero y amigo, no por eso dejó Gomez de seguir en próspera fortuna, de suerte que en ménos de dos años, merced á algunas acciones osadas conducidas con acierto, se hallaba con el grado de mariscal de campo en el ejército del pretendiente.

La division expedicionaria al mando de su nuevo jefe hallóse en fin organizada y reunida en Amurio, pueblo del Señorío de Vizcaya: la componian los batallones segundo, cuarto, quinto y sexto de Castilla, y cuatro compañías de la llamada Guardia Real, formadas casi enteramente de pasados de nuestro ejército, dos escuadrones provisionales y dos piezas de montaña, servidas por una docena de artilleros. Estas fuerzas ascendian en total á tres mil infantes y doscientos caballos. Mandaba la caballería el brigadier don Santiago Villalobos, y el brigadier Arroyo con los coroneles Fulgosio y Melida conducian los diferentes cuerpos de infantería, siendo jefe de E. M. el coronel don Pedro Castillo: el jeneral portugueses don Raimundo Piñeiro, y bastantes oficiales de la misma nacion se unieron tambien á la columna, á la que acompañaban ademas un intendente, un tesorero y un comisario de guerra.

El 25 de junio estaba pronta á marchar la expedicion. Don Basilio á la cabeza de algunos batallones hizo una demostracion á la izquierda, como si buscasse paso por el lado de Vitoria. Córdoba, creyendo que este era efectivamente su designio, se apresuró á reconcentrar fuerzas acia aquel punto. Valiéndose entonces de esta oportunidad salió Gomez de Amurrio el 26 á las dos de la madrugada, y marchando con toda la rapidez posible se halló el 27 por la mañana á la inmediacion de Quintanilla, despues de pasar por Orduña y haber dado un rodeo de dos leguas con objeto de desorientar al enemigo. Fatigada su tropa por una marcha de diez horas y el excesivo calor del dia anterior, se reanimó al divisar á las nueve de la mañana las avanzadas del mariscal de campo don Juan Tello, que acababa de tomar posicion entre la Baranda y Revilla para impedirles el paso: esta division se habia dirigido allí desde Villarcayo, y esperaba á la faccion con serenidad y confianza. La formaban dos batallones de los regimientos de Castilla y de la Reina, los cuerpos provinciales de Tuy, Betanzos y Granada, y ciento veinte y seis caballos á las órdenes del brigadier Albuin.

Estribadas todas las esperanzas de Gomez en el buen éxito de sus primeras operaciones, y colocado ademas en la precisa alternativa de retroceder ó abrirse paso á la fuerza, debió decidirse, á pesar de lo desventajoso que le era, á admitir el combate en la posicion escogida por su adversario, y á las diez de la mañana se rompió el fuego por ambas partes con viveza y resolucion.

Hallábanse las dos columnas separadas por un pequeño rio, y nuestras tropas posesionadas de un bosque sobre su derecha, contra el que dirigia Gomez sus mayores esfuerzos: en toda la línea de batalla iban notándose las ventajas de las tropas constitucionales, y Tello creyó le seria fácil con un golpe de mano poner fin á la contienda y decidir en su favor la victoria: el bizarro coronel Gastañeda á la cabeza de un batallon pasó el rio intrépidamente, desalojando á los enemigos de sus posiciones con el brío y valor que le caracterizaban; pero duró poco esta efímera ventaja; la pequeña columna se encontró pronto rodeada de enemigos por todas partes, y al ver herido gravemente al jefe que la conducia, repasó el rio con gran desorden y desaliento.

La intensidad del calor hacíase en aquel momento tan insoportable, que por una especie de tácito convenio se suspendió el fuego por ambas partes: no es fácil concebir por qué desgraciado pensamiento mandó entónces el jeneral Tello abandonar el bosque que tan eficazmente apoyaba su derecha, falta estratéjica, de la cual se aprovechó al punto el enemigo, ocupando con dos de sus batallones esta importante posicion, que le permitia dominar perfectamente todo el llano que se estiende entre la Baranda y el rio. Conociendo entónces Tello el inmenso yerro cometido con el desamparo de un puesto que era la clave esclusiva del campo de batalla, confió á las bayonetas de tres valientes compañías de Castilla, mandadas por el comandante Boquellí, la peligrosa cuanto honrosa mision de recuperar una posicion de cuya posesion pendia el éxito del combate.

Arrojóse intrépidamente y con el arma á discrecion esta pequeña falanje, que no pudiendo compensar con la heroicidad de sus esfuerzos la inferioridad de su número, hubo de abandonar su empresa á pesar de la cooperacion que acudió á prestarle el regimiento provincial de Betanzos.

Entre tanto el enemigo, al abrigo de sus dos batallones en posicion, iba desplegándose en este lado del rio, sin que nada pudiese ya contener sus progresos, ni aun nuestra caballería, cuyas repetidas cargas se estrellaron contra sus fuegos.

Desde aquel momento todo fué desorden, confusion y derrota para el ejército constitucional: escapose el jeneral con solo siete caballos en direccion de Santander: las tres compañías de Castilla que mandaba Boquellí sostuvieron con teson la retirada del mayor grupo hasta Villarcayo, adonde llegaron, entre sanos y heridos, unos mil y cien hombres. Otro grupo marchó á Espinosa de los Monteros, y la caballería que se habia replegado á Soncillo tuvo que refugiarse en Reinosa, quedando de este modo enteramente dispersa la division de reserva despues de haber tenido 100 muertos, 400 heridos y 500 prisioneros. La falta de municiones y lo bisoño de las tropas fué la principal disculpa que alegó su jefe en excusa de aquel descalabro, que abria tan brillantemente la campaña para la expedicion; esta victoria, sin embargo, no dejó de costar bas-

tante á la facción que se acantonó en Quiscedo, abrumada de cansancio y casi espantada de su mismo suceso.

En la madrugada de aquel aciago día se hallaba en Vitoria el jeneral Espartero, comandante jeneral de las provincias vascongadas, con la esforzada division de su mando. Enterado del movimiento de los rebeldes se adelantó acia Villarcayo, y habiendo recibido al día siguiente al llegar á Puentelarrá noticia de la infausta accion dada por su reserva y su completa derrota, siguió aceleradamente su movimiento entrando á las ocho de la mañana en Villarcayo, de donde salió en la misma tarde en persecucion de los rebeldes, animado de la esperanza que serian detenidos y hostilizados lo suficiente para poderlos alcanzar: efectivamente, habian hecho movimiento con ese objeto la columna del coronel Losada y la del coronel Olloqui, que se hallaban en Herrera de Rio Pisuerga; pero ninguna de las dos pudo ó supo estorbar el paso al enemigo.

Mientras tanto el cuerpo expedicionario pasaba el 28 por San Martin, y llegaba el 29 á Soncillo, pueblo situado en el camino real de Burgos á Santander; habiendo tenido, para librarse de la activa persecucion de Espartero, que hacer marchas diarias de doce leguas en medio de escaseces que tuvieron á su tropa 24 horas sin alimento alguno.

A pesar de tan estremada diligencia no le fué posible todavía tomar un momento de reposo; puesto que el día siguiente 30 se hallaba en Soncillo el jeneral Espartero, disponiendo que quedase una brigada en Gayangos con el objeto de proteger el valle de Mena y espidiendo orden al brigadier Albuin, que se hallaba en Reinosa con 800 infantes y 100 caballos, para que se reuniese en Villarcayo al resto de la division de reserva que en número 1.200 hombres se iba allí reorganizando. En esta persecucion, por la cual se vió Gomez mas acosado que nunca, es preciso considerar con qué escasísimos elementos se contaba. Hacia quince días que las tropas de la tercera division se hallaban sin socorro y sin poder proveerse de nada absolutamente, puesto que la facción que la precedia iba recojiendo todos los viveres, arrasando á los pueblos y dejándolos enteramente desprovistos: habia llegado á tal punto la necesidad, y se hacia tan

sensible é imperiosa, que el día 1.º de julio en Reinosa, donde se dirigió con ese solo motivo, ofreció el jeneral Espartero hasta sus bienes personales y su garantía como particular para que se le facilitase algun dinero, mientras reclamaba enérgicamente al gobierno inculpándole de la tregua que se veia en la indispensable necesidad de conceder á la facción para abastecer sus tropas y proporcionarle el preciso sustento.

Creíase jeneralmente despues de la accion de Revilla, que Gomez, aprovechando la feliz cuan inesperada coyuntura que le abria el camino de las Castillas, llevaria la guerra y la devastacion al centro de la monarquía; pero constante en su primera idea continuaba su marcha acia Asturias, dejando cada día tras si un mayor número de rezagados, y en medio de las vicisitudes, privaciones y quebrantos que le ocasionaba la incesante persecucion de Espartero, que seguia pegado como una sombra á la retaguardia de las tropas expedicionarias, poderosamente auxiliado en su obra por la division portuguesa y la columna formada por el capitan jeneral de Castilla la Vieja, que ambas maniobraban en combinacion sobre la izquierda del enemigo.

Ademas de estos cuerpos constitucionales que iban en pos de la columna invasora, hostigaban su frente y flancos, tomándole los pasos á los que parecia dirigirse, tres columnas volantes mandadas por los coroneles Losada, Olloqui y Velarde; lo que hacia conjeturar costaria aun mas caro á los rebeldes esta atrevida tentativa que las de Guergue y Batanero, y que una inevitable destruccion les impediria volver á sus madrigueras.

Pero burlando los cálculos de sus numerosos enemigos, y sorteando habilmente sus movimientos; Gomez se dirigió el 1.º de julio á Valdeburon, donde pernoctó el día 3, y salvando en seguida el famoso puerto de Tarma marchaba derecha y desembarazadamente sobre Oviedo, capital del principado de Asturias.

De resultados de sus varios movimientos, nuestras tropas se hallaban entónces en la disposicion siguiente: el jeneral don José Manso, capitan jeneral de Castilla la Vieja, se encontraba en Almansa reuniendo la tropa de los alrededores y la milicia nacional movilizada, y sus fuerzas ascendian á tres batallones y alguna caballería del ejército y bastantes nacionales. Es-

partero siguiendo las huellas de la facción con una jornada de intervalo, se hallaba en Valdeburon con su division compuesta de dos batallones del Principe, dos de Almansa, y otros dos de Córdoba, y dos hermosos y arrojados escuadrones de húsares de la Princesa, que formaban un total de cinco mil infantes y doscientos cincuenta caballos. La division auxiliar portuguesa al mando del brigadier baron de Ponte Santa Maria, tenia orden de dirigirse á Leon para cubrir y defender esta capital.

A las diez de la mañana del día 5 entró casi triunfalmente la columna carlista en Oviedo, donde solo se hallaba el valiente y malogrado Pardiñas, entónces coronel de Pontevedra, que con los nacionales reunia mil y cuatrocientos hombres, el cual no considerando útil, oportuno, ni conveniente empeñarse en la defensa de una ciudad desamparada de murallas, se retiró con premura á una legua en el puente del Soto, de suerte á permanecer en observacion y á la vista de los rebeldes, esperando á la próxima llegada de Espartero ó de Manso, poder hacerse útil obrando en su concierto; las autoridades constitucionales se habian marchado á dos leguas al pueblo de Procosa, y los caudales pertenecientes á la hacienda nacional se habian puesto en salvo anticipadamente embarcándose en Jijon. Ocupóse Gomez en organizar un batallon de voluntarios que llamó primero de Asturias, y se apoderó entre otros efectos de seiscientos fusiles, y cuatro mil pares de zapatos, objetos de suma utilidad para él. No halló sin embargo desde su entrada en Asturias las simpatías que esperaba; porque si bien los asturianos no eran de los fogosos partidarios de Isabel, la habian reconocido tranquilamente, y sin necesidad de grandes escitaciones ni amenazas, y respondieron con suma tibieza é indiferencia al pomposo llamamiento que se les hizo á nombre de la religion y de la legitimidad de don Carlos. Tres dias despues de la entrada en Oviedo, salió el marques de Bóveda con cuatro batallones y un escuadron para atacar la débil columna mandada por Pardiñas, que conservaba todavia la misma posicion, á la que hizo algunos muertos y doscientos prisioneros, dejando el resto en casi completa dispersion. Esta ventaja debió sin embargo costarles muy poco trabajo, y les adquirió poquisima gloria, puesto que se batian con sol-

dados bisoños no fogueados y en número muy inferior al suyo.

Este desastre se inculcó severamente al jeneral Manso, quien no acudió á tiempo á sostener á Pardiñas, cuando solo distaba cinco leguas uno de otro, acusacion de que trató aquel de vindicarse, alegando el extravio de las comunicaciones y el excesivo cansancio de sus tropas.

Adelantábase mientras tanto Espartero á marchas redobladas, y Gomez conociendo la necesidad de evacuar á Oviedo para escapar de sus enemigos, salió en consecuencia el día 8 de aquella capital para ir á pernoctar al Grado. No era en efecto escusada la diligencia, puesto que Espartero se hallaba ya á tres leguas, y entraba el 9 en Oviedo á las cinco de la mañana. Desde el 6 de julio se habian reunido á Manso en la Pola de Lena los coroneles Olloqui y Velarde con sus respectivas columnas, hallándose el coronel Losada á su vanguardia en Mures con cerca de mil hombres. A la noticia de los movimientos de Gomez, y abandonando todo cuidado de menos importancia, Latre, capitan jeneral de Galicia, concentraba toda su tropa en los límites ó fronteras de Asturias.

Las dos primeras divisiones reuniéronse en Oviedo el mismo dia nueve, pues pareció que Manso solo habia esperado á que la facción emprendiese la marcha para concluir los preparativos y disposiciones de la suya. Conferenciaron ambos jenerales decidiendo que reforzado Espartero con el tercer batallon del rejimiento de Borbon, seguiria con teson el alcance de los rebeldes, mientras Manso se quedaba espidiendo insípidas proclamas, alocuciones é indultos. Entró tambien entónces en Oviedo el coronel don Ramon Pardiñas, comandante jeneral de Asturias, quien clamaba al cielo, acusando á Manso del desastre que habia experimentado, y tachándole de flemático y prudente en demasia. No se quejaba ménos Espartero que dirigiéndose al gobierno, encomiando á sus soldados y representando con energia sus apuros, decia: «faltos de sueño, de raciones y de socorro, todo lo soportan con resignacion heroica, halagados con la esperanza de un próximo combate; mas quiera el cielo que la absoluta carencia de subsistencia no malogre tanta virtud y sacrificios.» Hablando en la misma comunicacion de los resultados de sus fatigas, á pesar de los escasos medios de que podia dis-

poner «sobre todo, añadía, he destruido el jermen de la insurrección en este principado, que se iba difundiendo cual fuego eléctrico á consecuencia de la entrada de la expedición en esta capital, en medio de aclamaciones populares.» A duras penas, y solo en fuerza de la urgente necesidad, pudieron proporcionársele diez mil duros, haciéndose un reparto sobre el vecindario, y exigiéndolos en clase de préstamo con calidad de reintegro. Con este pequeño é insuficiente socorro volvió á emprender la marcha Espartero á las seis de la mañana del 10, tomando la misma ruta que seguía la facción por el Grado y Cornellana, logrando en este último punto ponerse á dos leguas de ella. Las tropas constitucionales se hallaban sumamente fatigadas y rendidas por el calor; pero conociendo su jefe la utilidad y ventajas de un golpe de mano, aunque le costase el mas penoso esfuerzo, mandó al general Alaix que siguiese la persecución con la vanguardia; logrando este dar alcance á una descubierta de caballería, á la que hizo algunos prisioneros, apoderándose de cinco carros de fusiles. La llegada de la noche no permitió siguiera la persecución adelante, y la división hizo alto y pernoctó en Espina.

Al mismo tiempo, el barón de Ponte Santa Maria con la segunda división de la legión portuguesa, que constaba de cerca de dos mil y quinientos hombres, se hallaba en valle del Barco de Valdehorras, siguiendo una línea paralela á la marcha de la facción. El general Latre permanecía en Lugo con cerca de tres mil hombres, pero absolutamente incomunicado, y careciendo de noticias de las demas columnas.

Mientras tanto, plenamente reconocida por Gómez la imposibilidad de permanecer en Asturias y establecer allí la guerra civil, según era su primer intento, y acosado por todas partes, entraba en Galicia en busca de mejor fortuna: continuó su fuga por Borras y Grandas de Salime, pasando su puente y penosa cuesta con las mayores dificultades y trabajos, pues arrastraba consigo un inmenso convoy de carros, cargados del botín recojido y de armas de la fábrica de Oviedo, y llegó sin novedad digna de ser referida á Fuentegrada el 14 por la mañana. En este pueblo se le presentó el partidario llamado el Evanjelista, á quien tituló comandante general del distrito, dejándole varios oficiales, sarjentos y cabos, y encargán-

dole la custodia de la mayor parte del convoy que traía. Desde que pisó la Galicia, reconoció Gómez que hallaría en ella aun menos simpatías que en Asturias: en jeneral es sumamente pacífico el jenio de sus habitantes; y aquella época en que todos los mozos emigran para ir á hacer la cosecha á otras provincias, era poco propia para alistar y reclutar soldados: prosiguió sin embargo su marcha por Soto de Torres y San Jis, presentándose el quince á la vista de Lugo, que creyó había sido evacuada por Latre; el fuego que se le hizo desde aquella ciudad y la firme resistencia de la tropa que se había encerrado en ella, le hizo conocer bien pronto la inexactitud de sus suposiciones: con todo, permaneció á su vista algunas horas, vadeando por la tarde el Miño en dirección á Santiago. Antes de llegar á Santa María, se apoderó de un carro y de algunos soldados que se habían separado de un convoy que escoltaban dos compañías del regimiento de Castilla, cuyo carro se hallaba cargado con ocho mil duros, y se dirigió á la Coruña: el resto del convoy se encerró en Sobrado, estrellándose todos los esfuerzos de los rebeldes en la obstinada y bizarra defensa que hizo la escolta. Llenos de rabia y vergüenza, viéndose burlados por un puñado de valientes, y sin poderse detener mas tiempo por temor de ser alcanzados por Espartero, siguieron los facciosos su marcha por Santa Gadea, San Lorenzo y San Tirso, llegando el 10 de julio á Santiago, y siendo allí recibidos con muestras de grande alegría y adhesión. Poco antes había evacuado esta ciudad el comandante general, marqués de Astariz que pasó á situarse en el Padron con sus tropas y bastante número de nacionales.

Antes de proseguir, volvamos rápidamente la vista sobre los diferentes cuerpos que se hallaban entónces cercando y persiguiendo á Gómez, y enterémonos de sus movimientos y situaciones. Espartero el 16 llegó á Lugo con su división, á la que había prometido se le pagaría y abastecería en este punto. Halló sin embargo frustradas sus esperanzas no pudiéndose proporcionar auxilios de ninguna clase. Le fué preciso recurrir de nuevo á aquellas sentidas arengas con que había sostenido hasta entónces el ánimo del soldado, y con las que lograba hacerle sobrellevar la miseria y la falta absoluta de socorro y de subsistencia: á pesar del efecto mágico y nunca desmentido

que producía en las tropas la voz de su valeroso caudillo, murmuraban estas, mostrándose violentamente contrariadas de que se les negase algún día de descanso: quejábanse de que hacía mucho tiempo que se les obligaba á marchas forzadas y penosas mostrándoles el término de la jornada como fin también de sus fatigas y privaciones: en Lugo habían creído hallarse provistos y pagados y solo encontraban un nuevo desengaño, una decepción mas.

Para juzgar atinadamente de los sucesos de aquel tiempo debe tenerse en consideración cuanto estorbaría las operaciones semejante estado de cosas, y lo poco que había podido exigir el gobierno de quien le merecía tan nimio cuidado. Espartero debió vencerlo todo por sí mismo: persuadió é inflamó de nuevo al soldado, afianzó su disciplina y dispuso la marcha sin demora alguna. Avistóse con el capitán general Latre, y calculando que desde Santiago pasarían probablemente los rebeldes á Orense, resolvieron ámbos que marcharía el segundo con su división á cubrir esta ciudad, procurando detener á la facción siquiera lo suficiente para obligarla á venir á las manos con uno ú otro, en cuyo caso no era dudoso quedaría destruida por una acción, y falta de medio y de tiempo para volverse á organizar: los rejimientos provinciales de Monterrey y Lugo que se hallaban en la provincia, habían recibido orden con anticipación para replegarse á puntos fortificados en donde pudieran defenderse ventajosamente.

En Santiago, según hemos dicho, encontraron los rebeldes mejor acogida que la dispensada hasta entónces por las provincias de su tránsito: la contribucion conocida generalmente con el nombre de *voto de Santiago*, derogada por el Estatuto Real, y que debía restablecer el triunfo de los realistas, inclinaba seguramente á este partido mucha parte de aquella poblacion. Reuniéronse á la expedicion en los dos días de su permanencia sobre doscientos voluntarios gallegos: estos y otros refuerzos semejantes robustecian muy poco las filas enemigas, por no hallarse estos nuevos soldados en estado de sobrellevar los penosos trabajos y marchas precipitadas á que se veían obligados, y á los pocos días se quedaban aspeados y muertos de cansancio en los caminos, ó se reunían á algunas de las gavillas que infesta-

ban la provincia; lo mismo acontecía á los sacerdotes y frailes esclaustrados, que por lo demas no dejaban de presentarse en bastante número.

Pero entretanto volvía á renacer la necesidad de la fuga: por todas partes veíase de nuevo amenazada la expedicion, forzada á revolverse en aquel rincon de la península que cada día se le iba escatimando mas y mas, sin salida probable ni medios de defensa. La condicion del terreno, y la estrechez del círculo á que quedaba reducida, no dejaban duda de que la faccion estaba próxima á sufrir un rudo golpe. El 19 había adelantado la division del general Espartero á San Tirso, dos leguas de Santiago. Latre con su columna se hallaba á tres leguas por la parte de Orense; el marques de Astariz con la suya por el lado de la costa en el Padron, y finalmente por el de la Coruña en Segueiros y á dos leguas de distancia, una pequeña columnita llegada apresuradamente de aquel punto.

La posicion de Gomez era en efecto espionosa y comprometida; mientras había tenido terreno delante de sí, había marchado sin calcular á donde llegaría, pero se hallaba al extremo de Galicia, no se determinaba á esperar un combate que por otra parte no podia serle sino funesto; le era pues forzoso retroceder y evitar al mismo tiempo á Latre, Espartero y Astariz. Decidióse á marchar acia la Coruña y atacar la fuerza que estaba en Segueiros, que por hallarse mas separada, tardaría mas en verse sostenida por las demas columnas constitucionales. Tomada esta resolucion y urjiendo el tiempo, pues no ignoraba que en aquella misma noche marcharía Espartero sobre Santiago, emprendió á las doce de la noche su movimiento acia la Coruña, dejando un escuadron para que cubriese su retirada, y colocando en el centro de la division la brigada compuesta de cien carros de bueyes: llevaba en ellos trescientas cincuenta arrobas de pólvora, dos mil fusiles y bayonetas, y cuatrocientas cincuenta arrobas de balas y cargas de cartuchos. La columna que se hallaba en Segueiros se retiró á la aproximacion de los rebeldes, que inclinándose entónces acia la derecha retrocedieron en direccion de Mondoñedo, siguiendo su marcha por Ciudadella y Baamonde.

Pocas horas despues de la salida de Gomez entraban en Santiago las tropas de Espartero,

cuya vanguardia se escaramuceó algun rato con el escuadron faccioso que hemos indicado, sin que este encuentro diese lugar á cosa alguna notable.

Después de la salida de esta capital marchaban los rebeldes con sumo desaliento, alargando las jornadas todo lo posible, y dejando sembrado el camino con infinidad de desertores, rezagados y lastimados de los pies.

## INFANTERÍA.

### *Consideraciones sobre el estado actual de la Española.*

La lámina que acompaña á esta 9.<sup>a</sup> entrega representa un cabo de gastadores de nuestra infantería, uniformado segun circular del Excmo. señor inspector de Infantería, fecha 31 de marzo de 1841, la que no creemos haya sido derogada por alguna otra.

Casaca larga del mismo color, paño y hechura que las casaquillas de granaderos con trofeos de gastadores bordados de estambre encarnado, y sobrecosidos en las dos mangas por la parte exterior, é igualmente grabados en la chapa del morrion, que será seis líneas mayor de alto y ancho que el de la tropa.

Mandil negro de baqueta, enlazado por el medio, aunque dividido, cuando sea preciso ó se mande, debiendo llegar hasta media tercia mas bajo que la rodilla: las palas, picos, azadones, hachas y sierras, de hechura pulimentada; pero propia para trabajar con ellos en todo evento.

Examinadas en nuestras entregas 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> la organizacion equipo y armamento de nuestra infantería, pasaremos á revistar rápida y lijamente su táctica peculiar, indicando las reformas, que, á nuestro parecer, podrían ser provechosas.

Antes de emprender esta tarea, volveremos atras por un momento, para añadir algunos renglones á nuestras últimas observaciones sobre el equipo.

No hace muchos años que al ver los distintos uniformes de los ejércitos europeos con aquellos casacones, que apretando el cuerpo, sin cubrir el pecho, iban por medio de dos inmensas puntas á abrigar las pantorrillas, se podía preguntar si se trataba de vestir al soldado para defenderle contra las injurias de los tiempos, ó únicamente para figurar en una representacion teatral.

Hoy, gracias á Dios, ya van los uniformes aproximándose al verdadero objeto de su mision.

Hemos alabado últimamente la adopcion hecha por la infantería del pantalon muy ancho con pliegues y abierto; porque es positivamente el modelo marcado por la naturaleza para el soldado, que con un pantalon estrecho y apretado lleva el vientre comprimido, la digestion difícil, y las articulaciones todas embarazadas en sus movimientos.

Se comprende que si la naturaleza hubiese querido que el abdomen fuese encerrado en una cubierta que lo comprimiese, hubiese sin duda prolongado el thorax y las costillas; pero es cosa visible que no quiere allí mas que calor y libertad de accion.

El calor sobre todo, le es indispensable, segun convienen todos los facultativos, y los que habiendo vivido con los ejércitos han podido ver que el frio en esta parte del cuerpo, es la principal causa de todas las disenterias y calenturas que arrebatán tantos soldados, sobre todo en tiempo de guerra, cuando están mas espuestos á la intemperie.

Por eso quisieramos que se adoptase para el invierno una especie de cintura de lana ó bayeta, que envolviese, sin apretar, los riñones y el abdomen.

Tambien debe tener el soldado, en el invierno calcetines de lana, y el verano tener el pié desnudo en el zapato, pero dado de manteca ó sebo.

Otra consideracion muy importante en el equipo del hombre de guerra es la del recargo en el peso. Muy enhorabuena que los romanos llevasen dos arrobas encima, lo positivo es que sea que vaya menguando la especie humana, ó que la educacion dada á la infancia y la juventud de nuestros tiempos, sea mucho menos ruda, y que la gimnástica esté casi del todo abandonada, somos hoy mucho menos susceptibles de grandes esfuerzos físicos que nuestros padres.

Pero aunque tuviésemos la fuerza muscular de Sanson, siempre sería una locura inútil el cargar de cosas que no le sean indispensables al soldado, cuyas fuerzas deben ser reservadas para el caso en que una gran operación estratégica rápida y prolongada necesite absolutamente el cargarle de municiones de boca y guerra.

Por estas razones nos parece tan importante el reglamento del equipo y vestuario del soldado, que mucho nos duele el verlo así fluctuar, variar y alterar á cada capricho, y que quisiéramos que establecido por una ley la cual sería discutida primitivamente por una junta compuesta de soldados, sarjentos y subalternos, pues ellos son los mas interesados en escojer lo bueno, útil, cómodo y barato; nadie sino otra ley tuviese el poder de atraer la mas mínima modificación en la dicha ordenanza.

Así acabariamos un día por tener un ejército uniformado, lo que de otro modo nos parece sumamente difícil; pues apenas ha pasado el tiempo necesario para que por lo deteriorado del antiguo modelo se empiece á usar el nuevo, que este último se ve abandonado y sustituido por otro, cosa que exaspera al oficial que ve gastarse su ínfimo sueldo en enriquecer los contratistas.

Nos permitiremos llamar sobre este toda la solicitud y atención del ministro de la guerra, para que logre el ejército verse un día perfectamente uniformado, impidiendo, sobre todo á los jefes de cuerpo, no solo hagan confeccionar prendas de fantasía, sino prohibiéndoles también el mandar hacer á costa de los individuos, prendas que pertenecen á la gran masa, objeto fundado de murmuración para el soldado.

No habiendo visto en el reglamento que para el uniforme contiene la guía constar el pantalon de lienzo pudimos creer que habia quedado suprimido, medida que aprobamos; porque siempre nos pareció prenda de mucho coste y peso para el soldado; pero habiendo visto los cuerpos que guarnecen la corte aparecer, en la última formación con pantalon blanco, nos hemos quedado en la duda de saber si anduvimos equivocados y si subsiste en vigor, como ántes, el pantalon y los botines de lienzo.

De todos modos pensamos que deben suprimirse, reemplazando el tal pantalon uno de mahón ó color oscuro, que proporcionando al soldado la soltura y la frescura necesaria en las marchas de verano, no le grave

su pequeño prest con una contribucion continua de jabon.

Segun tenemos entendido y lo manifestamos en nuestro primer artículo sobre el equipo, queda adoptado para la infantería la mochila de ule usada por los ingleses, que siempre nos ha parecido la mejor, por lo bien que se ajusta á la espalda, lo impenetrable que es para el agua y la comodidad que ofrece para la colocación de los objetos.

### Táctica.

Ya dijimos que no era nuestro ánimo el ofrecer aquí un completo exámen razonado de la táctica, por necesitar tan seria tarea, un cuadro mas estenso que el de esta publicación y luces superiores á las nuestras: nos limitaremos pues á presentar varios apuntes sobre algunas irregularidades y disidencias que creemos haber notado entre la letra del reglamento y su aplicación.

Así es que vemos todos los movimientos y evoluciones jirar en los libros sobre una formación de á tres filas, mientras que ya desde mucho tiempo, y sin duda por numerosas razones, nuestra infantería se forma y combate con el fondo de á dos.

No dudamos de que la comisión de revision hará desaparecer esta especie de inconsecuencia, sancionando para siempre la formación sobre dos filas como la mejor bajo todos conceptos y la que posee ventajas, que aunque harto probadas por la experiencia trataremos de sentar aquí para procurar el desvanecimiento de cuantas dudas pudieran existir sobre este punto.

Tan pronto como se generalizó el uso del fusil con bayoneta, la infantería abandonó el orden profundo y se formó sobre tres filas.

Poco despues de la guerra de la independencia, los ingleses empezaron á sustituir á esta formación la de á dos de fondo, que quedó consagrada en el reglamento de sus maniobras por un decreto del duque de York en el año de 1810; y la infantería portuguesa y española, percibiendo por su contacto con los ingleses los muchos beneficios de este sistema, principiaron con la misma fecha á aplicarle á sus tropas.

Grandes y numerosas ventajas ofrece en efecto este nuevo orden con respecto al antiguo, y nos esforzaremos ahora en probarlo.

Suponiendo una infantería desplegada, es claro que

ocupará sobre dos filas mucha mas estension que sobre tres.

De allí resultará que entre dos ejércitos ó fracciones de ejércitos de igual fuerza el que adopte la primera forma tendrá una mayor reserva, ventaja incalculable, puesto que las reservas son las que deciden las mas veces de la suerte de las batallas.

Además está probado que en esta disposicion todos los movimientos tácticos, y principalmente la marcha en batalla, difficilísima, se ejecuta con mucha mas precision, prontitud y desembarazo, y que la pérdida que ocasiona el fuego tanto de artillería como de fusilería es sensiblemente menor, sea que se combata desplegado ó en columnas mas ó menos cerradas.

Tambien ha demostrado la práctica que el fuego de dos filas, único que se puede usar delante del enemigo, es tan mortífero ejecutado por una infantería de á dos filas, como por otra de á tres, habiendo además muchos oficiales experimentados que aseguran serlo todavía mas el primero.

Nada de extraño tendrá este aserto para el que reflexione que en la formacion de á dos filas el soldado estando menos apretado y embarazado en sus movimientos, puede efectuar su puntería con mas precision y sobre todo repare en la casi imposibilidad que á pesar de los preceptos de la ordebanza existe porque en medio de la accion cambie el soldado de segunda fila su fusil con el de la tercera como le está mandado.

Si los soldados de tercera fila tiran por los claros, suelen herir á los de la primera fila particularmente al brazo en el acto de atacar, lo que aumentando sobre manera la turbacion y la inquietud de estos, aturridos ya por la demasiada aproximacion del cañon que toca casi sus oídos, les impide hacer la puntería con la serenidad precisa.

Suelen decir los partidarios de la formacion sobre tres filas que aumentándose por su profundidad la solidez de la infantería, se encuentra entonces mas apta para resistir á las embestidas tanto de la caballería como de otra infantería.

La falta de lógica en este aserto está probada por demas en la importancia que ha adquirido en los combates el fuego de la infantería, que muy raras veces, para no decir nunca se junta con otra á la bayoneta, y en cuanto á las cargas de caballería los rechaza con su fuego una infantería buena sobre todo si el amago es hecho de frente; no se basque pues nunca para re-

sistir á la caballería esta ilusoria solidez, y si la calidad de los cuadros que siempre formarán el alma de toda tropa.

Además de la igualdad de dotes para el fuego en las dos formaciones de que hablamos, la influencia de los cuadros es mucho mayor en una formacion de á dos que en otra de á tres, y aun suponiendo que se encontrasen algunas ventajas para el fuego en la primera, nunca sería de naturaleza á compensar los beneficios que hemos hecho notar en el otro sistema.

Demostrada á nuestro lector la inutilidad de la formacion de á tres para la infantería en batalla, examinaremos si existe igual ventaja en la aplicacion de este sistema al orden profundo.

Suelen estar los batallones plegados en columnas por compañías cuando se encuentran de reserva ó segunda línea, algunas veces para acometer al enemigo, y casi siempre para maniobrar.

Quando se manobra en columnas cerradas, la formacion de á dos facilita mucho la marcha y la vigilancia é influencia de los cuadros ó fila exterior.

La mayor parte de los autores que han tratado de la formacion de la infantería, y de consiguiente del orden profundo y estenso, han atribuido á una causa física el resultado de móviles esclusivamente morales, diciendo que un batallon plegado en columna cerrada arrolla por su hondura y choque un batallon desplegado; raciocinio que solo sería justo si fuesen los batallones máquinas inanimadas y formando un todo compacto.

Otros pretenden que en la columna la compañía de la cabeza esta empujada por las demas, lo que muy lejos de constituir una ventaja causaría los mayores reveses; pues de ahí resultaría el desorden y de consiguiente la huida, siendo indudable que una columna bien dirigida debe evitar el masarse sobre la cabeza, y cuidar observando las distancias y el tacto de codos, de conservar la mayor regularidad posible.

Insistimos pues en que las compañías de un batallon formado en columna marcharán mejor y conservarán mas orden con dos filas que sobre tres; y creemos haber demostrado que las ventajas del orden profundo para cargar una tropa desplegada, no consisten ni en el empuje ni en la presión, y si pertenecen todas á causas puramente morales.

Para acometer en columna, la formacion de á dos

filas tendrá siempre á su favor las circunstancias de presentar menos presa al fuego, y de ocupar el mismo terreno y llenar el mismo objeto con una cantidad menor de tropas, lo que permitirá tener una reserva mayor, si las fuerzas son iguales.

Quedan, pues, demostradas las ventajas de la formacion sobre dos filas; formacion cuya universal aplicacion á los ejércitos europeos detienen unicamente las dificultades que siempre encuentran las innovaciones, por palpablemente provechosas y convenientes que sean.

Impertinente y harto minucioso seria el examinar aquí una por una las maniobras que contiene el reglamento táctico de nuestra infantería: indicaremos solamente las de aquella maniobras, que hace inútiles la imposibilidad de su ejecucion en el campo de batalla, indicando lijeramente las variaciones que ademas de las consagradas por la costumbre, convendría tal vez adoptar en su testo.

Las evoluciones solo practicables en los terrenos de ejercicio tienen sin duda por objeto el ocupar las tropas, hacerlas maniobreras y recrear la vista; tales son la mayor parte de los fuegos, la pronta maniobra, los cambios de direccion marchando en batalla, las formaciones al frente y con el frente á retaguardia en batalla; las cuales pueden ser ventajosamente reemplazadas por despliegues precedidos ó no de contramarchas, y en fin los pasos regulares y oblicuos que jamas se emplean en campaña.

Las maniobras mas usadas en la guerra, son; el fuego graneado, los pliegues y despliegues y los cambios de direccion en masa.

La columna de ataque se emplea con muy poca frecuencia por la razon siguiente; mientras la infantería avanza por caminos á cierta distancia del enemigo, suele marchar por hileras; cuando luego á la aproximacion del enemigo necesita estenderse para tomar posicion, abandona los caminos y entra en los campos formándose sucesivamente por mitades y compañías y estrechando sus distancias hasta quedar en masa.

Suele pues encontrarse plegada en columna con la derecha en cabeza, lo que le procura la ventaja de tener al frente la compañía de granaderos, desplegándose en guerrilla la de cazadores en el primer momento en que se aproxima el enemigo; en este estado de cosas, difícil seria la formacion de la columna de

ataque, pues tendria que preceder un despliegue, que acarrearía la pérdida de un tiempo precioso.

Las modificaciones por hacer en el reglamento actual de la infantería, deben consistir á nuestro entender en la sancion de la formacion sobre dos filas aplicada á todas las evoluciones; suprimiendo las que no son indispensables, ó que tienden á un mismo objeto, y sustituyendo sobre todo otra maniobra á la prescrita para el paso de las líneas estando desplegadas, maniobra no solo peligrosa sino casi imposible de ejecutar al frente del enemigo, como tan paladina y originalmente lo confiesa el mismo reglamento.

Es indudable que en caso de verse arrollada la primera línea, debe envolver en su fuga á la segunda que acaba de perder toda su consistencia por su fraccionamiento en ocho partes separadas; disposicion viciosa, cuya ejecucion si se quisiera intentar en el campo de batalla, atraeria irremisiblemente la pérdida de las tropas que la verificasen.

Hé aquí la maniobra que en lugar de aquella quisiéramos ver en vigor para remplazar la primera línea por la segunda, al frente del enemigo.

Llegado el momento de efectuar el relevo de la primera línea, se hará que la segunda estreche un poco la distancia que la separa de la primera, siempre que no haya inconveniente.

Hecho esto, mandará el jefe de la primera línea por compañías, por el franco derecho á pasar la línea. Paso redoblado. — *Marchen.*

A la voz de ejecucion de sus respectivos comandantes, los batallones jirarán á la derecha, descabezando á retaguardia las fracciones indicadas, y formando cerrándose sobre la de la cabeza una columna en masa que se dirigirá á los intervalos comprendidos entre los batallones de la segunda línea que tendrá el cuidado de ensanchar dichos intervalos, haciendo doblar por las compañías de granaderos y cazadores las primeras y sextas de fusileros, de modo á fortificar las alas, partes siempre las mas espuestas á ser desordenadas.

## CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Por falta de espacio no pudimos dar á nuestros lectores en la última entrega cuenta de la discusion habida en las córtés, acerca del proyecto de ley presentado en 2 del mes pasado por el ministro de la guerra, relativo á dejar fijada la fuerza armada para el año de 1843 en número de 90.000 hombres del ejército permanente, y 40.000 de la reserva.

Después de varios incidentes en la formulacion de su dictámen, aprobó la comision de exámen los extremos de la dicha ley.

Perdió el ejército en el mes pasado dos de sus mas ilustres miembros en las personas del jeneral duque de Ahumada y del mariscal de campo don Antonio Barutell.

## CORRESPONDENCIA.

## SR. REDACTOR DE LA ESPAÑA MILITAR.

Al redactor del Correo Nacional digo hoy lo que sigue. — «Señor redactor del Correo Nacional. Muy señor mío: son tres los artículos que con el epígrafe «Corresponsal, noticias de Menorca» han aparecido en su apreciable periódico y corresponsal calumniando falsa y cobardemente á la tropa del regimiento infantería de Córdoba que guarnece esta isla, y si bien he visto con el mas alto desprecio los dos primeros, no es posible guardar silencio respecto del último, porque además de que envuelve ideas, cuya tendencia es atacar el actual sistema de Gobierno; adopta la calumnia para lograr su objeto en la Península, donde tal vez puede ser desconocida la ejemplar disciplina y buen comportamiento de todas las clases. La opinion pública en las Baleares ya ha desmentido victoriosamente tan infames escritos, pero como en

otros puntos pudiera vacilar, interin me proporciono los documentos justificativos que acrediten la ignorancia y mala fe de su autor, ruego á V. se sirva hacer insertar en su apreciable periódico estas líneas á que le quedará reconocido S. S. Q. B. S. M.—El brigadier coronel del espresado regimiento.—Luis Raceti.»

## Galería militar española.

Empezó la publicacion en 1.º de marzo último y se reparten cada mes cuatro láminas litografiadas, que representan vistas de todas las plazas y fuertes de la península, máquinas de guerra antiguas y modernas, y retratos de varios jenerales.

Se han publicado ocho láminas que representan:—El castillo de Segura.—El de Guevara.—El alcázar de Segovia.—Los retratos de los jenerales Castaños y Alvarez de Castro.—El castillo de Mora de Ebro.—El de Morella, y un Ariete, máquina antigua de guerra.

Se suscribe en Madrid en la redaccion del Archivo Militar calle de la Montera, núm. 39, cuarto principal, y en las provincias en los puntos donde se suscribe á dicho periódico.

PRECIOS: En Madrid cuatro reales para los suscritores al Archivo, y seis para los que no lo son. En las provincias respectivamente cuatro y medio y seis y medio. Las láminas sueltas se venden á dos reales. También las hay de mayor tamaño y mejor á cuatro reales cada una.

Resúmen: De la estrategia en sus relaciones con la táctica.—Los primeros tiros.—Defensa de Solsona.—Espedicion de Gomez.—Infantería: consideraciones sobre el estado actual de la Española.—Crónica de la quincena.

Redactor propietario. — Eduardo Perrotte.

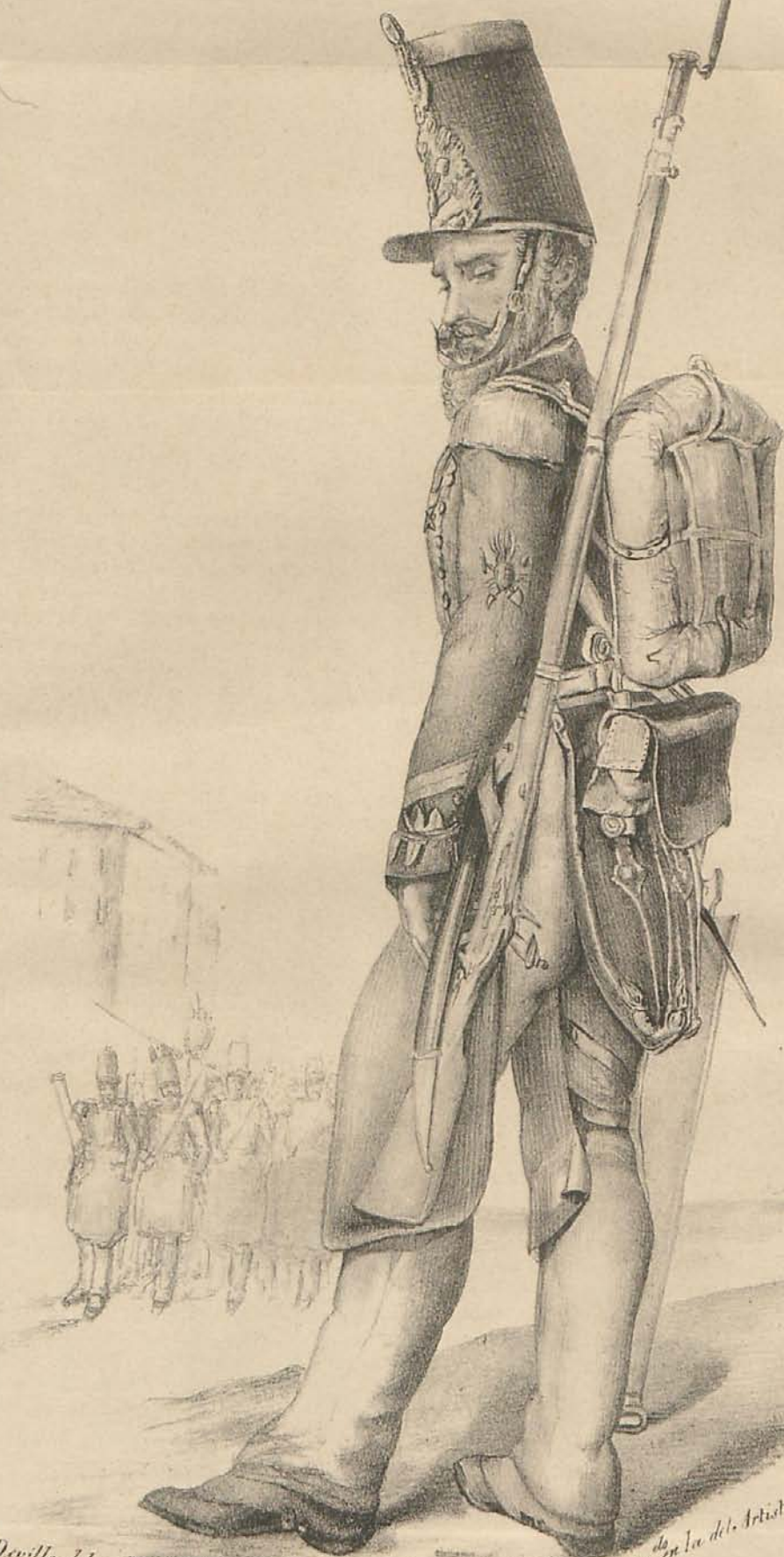
MADRID:

IMPRENTA DE ALEGRIA Y CHARLAIN, CUESTA DE SANTO DOMINGO.





*Album Militar.*



G. Deville del.

litog. en la del. Artista.

*Regimiento infantería de Luchana, núm. 28. Año 1854.*